



Fuente:

<http://www.lafabrique.fr>

<http://www.rebellion.org>

Traducción colectiva.

1º Edición: La fabrique editions.

París. Marzo 2007

Ilustración de portada: cooperativa sub.

La insurrección que viene

Comité Invisible

Desde dónde sea que se lo mire, el presente no tiene futuro. Ésta no es la menor de sus virtudes. A quienes quisieran a toda costa continuar esperando, les retira cualquier apoyo. A quienes pretenden detentar soluciones, los desmiente de inmediato. Es algo sabido que todo no puede ir sino de mal en peor. El “no hay futuro” es la sabiduría de una época en la que se ha llegado, bajo sus aires de extrema normalidad, al nivel de conciencia de los primeros punks.

La esfera de la representación política se cierra. De izquierda a derecha, es la misma nada que adopta poses perrunas o aires de virgen, las mismas cabezas de góndola que intercambian sus discursos según los últimos hallazgos de sus asesores de imagen. Aquellos que todavía votan, dan la impresión de no tener más propósito que el de hacer explotar las urnas, a fuerza de votar como pura protesta. Se comienza a adivinar que es de hecho *contra el voto mismo* que se sigue votando. Nada de lo que se presenta está, ni por lejos, a la altura de la situación. En su silencio, la población parece infinitamente más adulta que todos los títeres que se pelean por gobernarla. Cualquier *chibani*¹ de Belleville es más sabio en sus palabras que ninguno nuestros supuestos dirigentes en todas sus declaraciones. La tapa de la marmita social se vuelve a cerrar con una triple vuelta, mientras en su interior la presión no deja de aumentar. Salido de Argentina, el fantasma del ¡*Que se vayan todos!* comienza a acosar seriamente a las cabezas dirigentes.

1 *Chibani*, palabra árabe que significa viejo. Refiere a los ancianos inmigrantes.

El incendio de noviembre del 2005 no ha acabado de proyectar su sombra sobre todas las conciencias. Estos primeros focos de alegría son el bautismo de una década llena de promesas. La fábula mediática de los-suburbios-contra-la-República no está falta de eficacia, pero falta a la verdad. Los focos, que han tomado hasta el corazón de las ciudades, han sido metódicamente acallados. Calles enteras de Barcelona han ardido en solidaridad, sin que nadie más que sus habitantes lo sepa. Tampoco es verdad que el país haya dejado de arder desde entonces. Hay, entre los inculpados, toda clase de perfiles que sólo unifica el odio a la sociedad existente, y no la pertenencia de clase, de raza o de barrio. Lo inédito no reside en una "revuelta de los suburbios", que ya no era novedosa en 1980, sino en la ruptura con las formas establecidas. Los asaltantes no escuchan a nadie, ni a sus hermanos mayores ni a la asociación barrial que debería gestionar el retorno a la normalidad. Ningún SOS Racismo² podrá hundir sus cancerosas raíces en este acontecimiento, al que sólo la fatiga, la falsificación y la *omertà*³ mediáticas han fingido ponerle un fin. Toda esta serie de golpes nocturnos, de ataques anónimos, de destrucciones sin explicación, ha tenido el mérito de abrir al máximo la grieta entre *la* política y *lo* político. Nadie puede, honestamente, negar la carga evidente de este ataque: no formulaba ninguna reivindicación, ningún otro mensaje más que la amenaza, sin tener nada que ver con *la* política. Hay que estar ciego para no ver lo que hay de puramente político en esta resuelta negación de *la* política; o desconocer los movimientos autónomos de los jóvenes desde hace treinta años. Se han quemado, con el espíritu de los niños perdidos, los fetiches favoritos de una sociedad que no merece más consideración que

2 Asociación francesa creada para luchar contra todas las formas de discriminación racial.

3 Ley de silencio de la mafia italiana.

los monumentos de París al final de la Semana sangrienta, y que lo sabe.

No habrá solución *social* a la presente situación. En principio porque el vago agregado de ámbitos, de instituciones y de burbujas individuales al que se llama por antífrasis "sociedad", no tiene consistencia; y luego porque ya no existe un lenguaje para la experiencia común. Y no se comparten las riquezas si no se comparte un lenguaje. Se ha necesitado medio siglo de lucha en torno a las Luces para forjar la posibilidad de la Revolución francesa, y un siglo de lucha en torno al trabajo para parir el temible "Estado benefactor". Las luchas crean el lenguaje en el que se dice el nuevo orden. Nada semejante existe hoy en día. Europa es un continente arruinado que va a hacer a escondidas sus compras en Lidl⁴ y viaja en *low cost* para poder seguir viajando. Ninguno de los "problemas" que se formulan en el lenguaje social admite resolución. La "problemática de los jubilados", la de la "precariedad", la los "jóvenes" y su "violencia", no pueden sino quedar en suspenso mientras se gestionan policialmente los hechos que se desprenden de ellas, que cada vez son más espeluznantes que lo que se logra esconder. No se llegará más que al engaño de limpiar por un precio miserable, el culo de los viejos abandonados por los suyos, que no tienen nada que decir. Los que han encontrado menos humillación y más beneficios en las vías criminales que en el mantenimiento de las superficies⁵, no rendirán sus armas, y la prisión no les inculcará el amor a la sociedad. La pasión por el goce de las hordas de jubilados no soportará indemne las sombrías podas de sus rentas mensuales, podas que no pueden sino crecer ante el rechazo al trabajo de una gran parte de la juventud. Para concluir, ningún sueldo mínimo acordado al día siguiente de un

4 Es una cadena de supermercados de descuento de origen alemán.

5 Un "mantenedor de superficies" es un eufemismo para empleado de limpieza.

casi-levantamiento sentará las bases de un nuevo *New Deal*, de un nuevo pacto, de una nueva paz. El sentimiento social esta demasiado evaporado para eso.

Como solución, la presión para que *nada pase*, y con ella la organización policial del territorio, no van a parar de acentuarse. El avión de reconocimiento que, como ha confesado la policía, sobrevoló el Seine-Saint-Denis el 14 de julio, dibuja el futuro en colores más reales que todas las brumas humanistas. Que se haya tenido el cuidado de precisar que no estaba armado, enuncia muy claramente el camino en el que estamos atrapados. El territorio será troceado en zonas cada vez más herméticas. Las autopistas construidas en los bordes de un "barrio sensible", levantan un muro invisible y perfectamente capaz de separarlo de las zonas residenciales. Piensen lo que piensen las nobles almas republicanas, la gestión de los barrios "por comunidad" es evidentemente la más operativa. Las partes puramente metropolitanas del territorio, los principales centros urbanos, llevarán adelante una deconstrucción cada vez más retorcida, cada vez más sofisticada, cada vez más resplandeciente de su vida lujosa. Ellas iluminarán todo el planeta con su luz de burdel, mientras las patrullas de la BAC⁶, las compañías privadas de seguridad, en fin: las milicias se multiplicarán hasta el infinito, beneficiándose con una cobertura jurídica cada vez más desvergonzada.

El callejón sin salida del presente, perceptible en todas partes, es negado en todas partes. Nunca tantos psicólogos, sociólogos y literatos se han encargado, cada uno según su jerga especial, en llegar a conclusiones especialmente fallidas. Bastará con escuchar los cantos de la época, las chispas de la "nueva canción francesa", en los que la pequeña burguesía diseca sus estados de ánimo, y las

⁶ *Brigade anti-criminalité*, división de la policía nacional francesa.

declaraciones de guerra de la mafia K'1Fry⁷, para saber que cierta coexistencia cesará pronto, que una decisión está próxima.

Este libro está firmado por un colectivo imaginario. Sus redactores no son los autores. Se han contentado con poner un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, tras las puertas cerradas de los dormitorios. No hacen sino fijar las verdades necesarias, aquellas cuyo rechazo universal llena los hospitales psiquiátricos, y las miradas de pena. Se hicieron escribas de la situación. Es por el privilegio de las circunstancias radicales que la precisión lógicamente lleva a la revolución. Basta con decir lo que tenemos ante nuestros ojos, y no eludir las conclusiones.

7 Colectivo de raperos franceses proveniente de Val-de-Marne y del eje Orly-Choisy-Vitry-Joinville

Primer círculo

"I AM WHAT I AM"

"I AM WHAT I AM". Esta es la última oferta del marketing al mundo, el último estadio de la evolución publicitaria. Adelante, tan por delante de todas las exhortaciones a ser diferente, a ser uno-mismo y a beber Pepsi. Decenas de conceptos para llegar ahí, a la pura tautología. YO=YO. Él corre sobre una cinta transportadora ante el espejo de su gimnasio. Ella regresa del trabajo al volante de su Smart. ¿Van a encontrarse?

"JE SUIS CE QUE JE SUIS". Mi cuerpo me pertenece. Yo soy mío, tú eres tuyo, *y esto va mal*. Personalización de la masa. Individualización de todas las condiciones -de vida, de trabajo, de desgracia. Esquizofrenia difusa. Depresión rampante. Atomización en finas partículas paranoicas. Histerización del contacto. Cuanto más quiero ser Yo, más tengo el sentimiento de vacío. Cuanto más me expreso, más me agoto. Cuanto más me persigo, más cansado estoy. Yo tengo, tú tienes, nosotros tenemos nuestro Yo como una fastidiosa taquilla. Nos hemos convertido en representantes de nosotros mismos -ese extraño comercio en el que somos garantes de una personalización que tiene todo el carácter, en definitiva, de una amputación. Garantizamos hasta la ruina, con una torpeza más o menos disfrazada.

Mientras tanto, *yo gestiono*. La búsqueda de mi Yo, mi blog, mi depto, las últimas tonterías de la moda, las historias de pareja, de culos... ¡Todas las prótesis necesarias para sostener un Yo! Si "la sociedad" no se hubiera convertido en esta abstracción defi-

nitiva, designaría el conjunto de las muletas existenciales que se me tienden para permitirme ir tirando todavía, el conjunto de las dependencias que he contratado pagando así el precio de mi identidad. *El discapacitado es el modelo de la ciudadanía que viene.* No deja de ser premonitorio que las asociaciones que lo explotan reivindiquen ahora para él la "pensión por existencia".

La conminación, por todas partes, a "ser alguien" mantiene el estado patológico que vuelve necesaria esta sociedad. La conminación a ser fuerte produce la debilidad que la sostiene, hasta el punto en que todo parece tomar un aspecto terapéutico, igual trabajar, igual amar. Todos los "¿qué tal?" que se intercambian a lo largo de un día suenan a otras tantas tomas de temperatura que, en una sociedad de pacientes, se administran unos a otros. La sociabilidad actual está hecha de mil pequeños nichos, de mil pequeños refugios donde se está caliente. Donde siempre se está mejor que en el gran frío de afuera. Donde todo es falso, pues no es más que un pretexto para calentarse. Donde nada puede surgir porque estar ahí es estar sordamente ocupados en tiritar todos juntos. Pronto, esta sociedad no va a sostenerse sino en la tensión de todos sus átomos sociales hacia una ilusoria curación. Es una central que obtiene su potencia de una gigantesca retención de lágrimas siempre a punto de estallar.

"I AM WHAT I AM". Nunca la dominación ha encontrado una consigna más insospechada. El mantenimiento del Yo en un estado de semi-ruina permanente, en un medio-desfallecimiento crónico, es el secreto mejor guardado del actual orden de cosas. El Yo débil, deprimido, autocrítico, virtual es, en esencia, este sujeto infinitamente adaptable, que precisa una producción basada en la innovación, la acelerada obsolescencia de las tecnologías, el constante cambio de las normas sociales, la flexibilidad generalizada. Es, a la vez, el consumidor más voraz y, paradójicamente, *el Yo más*

productivo, el que se arrojará con la mayor energía y avidez sobre el menor *proyecto*, para regresar más tarde a su estado larvario original.

¿"CE QUE JE SUIS", entonces? Atravesado desde la infancia por los flujos de leche, de olores, de nanas, de historias, de sonidos, de afectos, de sustancias, de gestos, de ideas, de impresiones, de miradas, de cantos y de comida. ¿Esto es lo que soy? Atado completamente a los lugares, los sufrimientos, los ancestros, los amigos, los amores, los acontecimientos, las lenguas, los recuerdos, a toda clase de cosas que, evidentemente, *no son yo*. Todo lo que me ata al mundo, todos los vínculos que me constituyen, todas las fuerzas que me habitan no tejen una identidad, como la que se me incita a blandir, sino una existencia, singular, común, viviente y en la que emerge en algunos lugares, en algunos momentos, ese ser que dice "yo". Nuestro sentimiento de inconsistencia no es sino el efecto de esta tonta creencia en la permanencia del Yo, y del escaso cuidado que otorgamos a aquello que nos hace.

Da vértigo ver coronando así en un rascacielos de Shangai el "I AM WHAT I AM" de Reebok. Occidente avanza por todas partes con su caballo de Troya favorito, esta aniquilante antinomia entre Yo y el mundo, el individuo y el grupo, entre vinculación y libertad. La libertad no es el gesto de deshacernos de nuestras vinculaciones, sino la capacidad *práctica* de operar sobre ellas, moverse en ellas, hacerlas o deshacerlas. La familia no existe como familia, es decir, como infierno, sino para el que ha renunciado a desarmar sus débiles mecanismos, o no sabe cómo hacerlo. La libertad *de desgarrarse* siempre ha sido el fantasma de la libertad. No nos liberamos de aquello que nos traba, sin perder al mismo tiempo aquello sobre lo que nuestras fuerzas podrían actuar.

"I AM WHAT I AM", entonces, no una simple mentira, una simple campaña publicitaria, sino una campaña *militar*, un grito

de guerra dirigido contra todo lo que hay *entre* los seres, contra todo lo que circula indefinidamente, todo lo que une invisiblemente, todo lo que obstaculiza la perfecta desolación, contra todo lo que hace que *existamos* y que el mundo no tenga por todas partes el aspecto de una autopista, de un parque de atracciones o de una nueva ciudad: puro aburrimiento, sin pasión y bien ordenado, espacio vacío, helado, por donde no transitan más que los cuerpos patentados, las moléculas automóviles y las mercancías ideales.

Francia no es la patria de los ansiolíticos, el paraíso de los antidepresivos, la Meca de la neurosis sin ser simultáneamente el campeón europeo de la productividad horaria. La enfermedad, la fatiga, la depresión, pueden ser tomadas como los síntomas *individuales* de lo que es necesario curar. Ellas trabajan para el mantenimiento del orden existente, para *mi* dócil adaptación a las endebles normas, para la modernización de *mis* muletas. Esconden dentro de *mi* la elección de las decisiones oportunas, conformes, productivas, e incluso de aquellas decisiones por cuya cesión necesitare hacer apaciblemente un duelo. "Hay que saber cambiar, tú sabes." Pero, tomadas como hechos, mis debilidades también pueden contribuir al desmantelamiento de la hipótesis del Yo. Se convierten en actos de resistencia de la guerra en curso. Se vuelven rebelión y centro de energía contra todo lo que conspira para normalizarnos, para amputarnos. *El Yo no es quien está en crisis en nosotros, sino la forma con la que se busca imprimirlo en nosotros.* Se quiere hacer de nosotros unos Yo claramente delimitados, bien separados, clasificables y censables por cualidades; en fin: controlables, cuando somos criaturas entre las criaturas, singularidades entre nuestros semejantes, carne viva tejiendo la carne del mundo. Contrariamente a lo que se nos repite desde la infancia, la inteligencia no es saber adaptarse -o si esto es una inteligencia, es la de los esclavos. Nuestra inadaptación, nuestro hastío, no son *problemas* más que desde el punto de vista de quien nos quiere someter.

Indican más bien un punto de partida, un punto de confluencia para complicidades inéditas. Dejan ver un paisaje mucho más ruinoso, pero infinitamente más compartible que todas las fantasmagorías con las que esta sociedad mantiene sus ficciones.

No estamos deprimidos, estamos en huelga. Para quien rechaza gestionarse, la "depresión" no es un estado, sino un pasaje, un hasta luego, un paso al costado hacia una desafiliación *política*. A partir de ahí, no hay otra conciliación más que médica y policial. Es precisamente por eso que esta sociedad no teme imponer el Ritaline a los niños demasiado vivos, trenzándonos a todos en la cuerda de la dependencia farmacéutica, pretendiendo detectar desde los tres años los "problemas de comportamiento". Porque es la hipótesis del Yo la que se agrieta por todas partes.

Segundo círculo

"La diversión es una necesidad vital"

Un gobierno que declara el estado de excepción contra los chicos de quince años. Un país que pone su salvación en manos de un equipo de futbolistas. Un policía en la cama de un hospital que se queja de haber sido víctima de "violencias". Un prefecto que decreta la detención de los que construyan cabañas en los árboles. Dos niños de diez años, en Chelles, inculpados por el incendio de una ludoteca. Esta época se destaca por un cierto grotesco que se le escapa a cada paso. Hay que decir que los medios de comunicación no ahorran esfuerzos para ahogar, en el registro de la queja y de la indignación, la carcajada con la que deberían acoger noticias similares.

Una carcajada deflagante, esa es la respuesta adecuada a las graves "cuestiones" que se complace en levantar la actualidad mediática. Para comenzar por la más trillada: no existe la "cuestión de la inmigración". ¿Quién creció dónde ha nacido? ¿Quién vive dónde ha crecido? ¿Quién trabaja donde vive? ¿Quién vive allí donde vivían sus ancestros? ¿Y de quién son los niños de esta época? ¿De la tele o de sus padres? La verdad es que hemos sido masivamente arrancados de cualquier pertenencia, que no somos sino parte de nada, y que como resultado de esto, tenemos a la vez que una inédita disposición para el turismo, un innegable sufrimiento. Nuestra historia es la de las colonizaciones, las migraciones, las guerras, los exilios, la destrucción de todos los arraigos. Es la historia de todo lo que ha hecho de nosotros extranjeros en este mundo, invi-

tados en nuestra propia familia. Hemos sido expropiados de nuestra lengua por la enseñanza, de nuestras canciones por la radio, de nuestra carne por la pornografía masiva, de nuestra ciudad por la policía, de nuestros amigos por el trabajo. A todo ello se añade, en Francia, el trabajo de individualización feroz y secular realizado por un poder estatal que apunta, compara, disciplina y separa a sus sujetos desde su más temprana edad, que tritura instintivamente las solidaridades que se le escapan, a fin de que no quede más que la ciudadanía, la pura pertenencia, fantasmagórica, a la República. El francés es el desposeído, por encima de cualquier otro, el miserable. Su odio por lo extranjero se funde con el odio de sí mismo *como extranjero*. Su envidia mezclada de pavor por las "ciudades" no habla sino de su resentimiento por todo lo que ha perdido. No puede evitar envidiar esos barrios llamados "de relegación", donde todavía persiste un poco de vida común, algunos lazos entre los seres, algunas solidaridades no estatales, una economía informal, una organización que todavía no está desvinculada de los que se organizan. Hemos llegado a este punto de privación donde la única manera de sentirse francés es quejarse de los emigrantes, de aquellos que son más visiblemente *extranjeros* que yo. Los inmigrantes tienen en este país una curiosa posición de soberanía: *si no estuviesen ahí, puede que los franceses ya no existieran*.

Francia es un producto de su escuela, y no a la inversa. Vivimos en un país excesivamente escolar, donde se recuerda el paso por el bachillerato como un momento marcado en la vida. Donde los jubilados te cuentan todavía su fracaso, cuarenta años atrás, en tal o cual examen, y cuánto pesó esto en toda su carrera, en toda su vida. La escuela de la República ha formado desde hace un siglo y medio un tipo de subjetividades estatizadas, reconocibles entre las demás. Gentes que aceptan la selección y la competencia, a condición de que las oportunidades sean iguales. Que esperan que la vida de cada cual sea recompensada como en un concurso, se-

gún su mérito. Que siempre piden permiso antes de agarrar algo. Que respetan silenciosamente la cultura, los reglamentos y a los primeros de la clase. Su mismo apego a sus grandes intelectuales críticos y su rechazo del capitalismo están impregnados de este amor a la escuela. Es esta construcción estatal de subjetividades la que se desmorona cada día un poco más, con la decadencia de la institución escolar. La desaparición, desde hace veinte años, de la escuela y la cultura de la calle, en concurrencia con la escuela de la República y su cultura de cartón, es el traumatismo más profundo que sufre actualmente el universalismo francés. Sobre este punto, la más extrema derecha se reconcilia por adelantado con la más virulenta izquierda. El solo nombre de Jules Ferry, ministro de Thiers durante el aplastamiento de la Comuna y teórico de la colonización, debería ser suficiente para poner bajo sospecha esta institución.

En cuanto a nosotros, cuando vemos a profesores salidos de no se sabe qué "comité de vigilancia ciudadana" llegar lloriqueando al *20Heures*⁸ diciendo que se ha quemado *su* escuela, recordamos cuántas veces lo habíamos soñado de niños. Cuando escuchamos a un intelectual de izquierdas eructar sobre la barbarie de las bandas juveniles que increpan a los transeúntes en la calle, roban los escaparates, incendian los coches y juegan al gato y el ratón con los CRS⁹, recordamos lo que se decía de los pandilleros en los años '60 o, mejor, de los apaches de la "Belle Époque": "*Bajo el nombre genérico de apaches -escribe un juez del tribunal de la Seine en 1907- , está de moda llamar desde hace algunos años a todos los individuos peligrosos, pandillas de reincidentes, enemigos de la sociedad, sin patria ni familia, desertores de todas los deberes, dispuestos a los golpes más audaces, a cualquier atentado contra*

8 Principal noticiero, a las 8 de la noche.

9 Brigadas de intervención policial.

las personas o las propiedades". Estas bandas, que huyen del trabajo, toman el nombre de su barrio y se enfrentan a la policía, son la pesadilla del buen ciudadano individualizado a la francesa: encarnan todo aquello a lo que él ha renunciado, toda la posible alegría a la cual ya nunca accederá. Es impertinente *existir* en un país en el que un niño que se pone a cantar a su gusto es desairado inevitablemente con un "¡Cállate, que vas a hacer llover!", donde la castración escolar descarga un tenso flujo de generaciones de perfectos empleados. El persistente aura de Mesrine¹⁰ mancha menos su rectitud y su audacia, que el hecho de haber emprendido la venganza de aquello de lo que todos deberíamos vengarnos. O más bien de lo que deberíamos vengarnos *directamente*, allí donde continuamos dando rodeos, difiriendo. Pues no hay duda que con mil bajezas inadvertidas, con todas las clases de murmuraciones, con una pequeña y fría maldad, con una venenosa cortesía, el francés no cesa de vengarse, permanentemente y contra todos, del aplastamiento al que se ha resignado. Es el momento en que el *jode al policía!* toma el lugar del *¡sí señor agente!* En este sentido, la hostilidad sin matices de ciertas bandas, no hace sino expresar de una manera un poco menos sorda que otras el mal ambiente, el mal espíritu de fondo, el deseo de destrucción salvadora en la que se consume el país.

Llamar "sociedad" a la muchedumbre de extranjeros en medio de la que vivimos, es tal usurpación que incluso los sociólogos sueñan con renunciar a un concepto que fue, durante un siglo, su sustento. Ahora prefieren la metáfora de la red para describir la manera en que se conectan las soledades cibernéticas, en la que se anudan las interacciones débiles conocidas bajo nombres como "colega", "contacto", "amigo", "aventura", o de "relación". Sucede de todos modos que esas redes se condensan en un círculo en el

10 Ladrón, contrabandista y asesino que gozaba de gran popularidad.

que no se reparte otra cosa que códigos, y donde no se juega nada sino la incesante recomposición de una identidad.

Se perdería el tiempo en detallar lo que hay de agonizante en las relaciones sociales existentes. Se dice que regresa la familia, que vuelve la pareja. Pero la familia que regresa no es la que se fue. Su regreso no es más que una profundización de la separación reinante, que sirve para engañar, volviéndose ella misma el engaño. Cada uno puede testimoniar las dosis de tristeza que condensan de año en año las fiestas familiares, sus trabajosas sonrisas, las molestias de ver disimular en vano a todo el mundo, ese sentimiento de que hay un cadáver ahí, sobre la mesa, y que todo el mundo hace como si no pasara nada. De coqueteo en divorcio, de concubinato en recomposición, cada cual se resiente de la inanidad del triste núcleo familiar; pero la mayoría parece juzgar que sería más triste todavía renunciar. La familia no es tanto la asfixia de la empresa maternal o el patriarcado a los cachetazos, sino este abandono infantil a una dependencia algodonosa, en la que todo es conocido, este momento de desaprensión frente a un mundo que nadie puede negar que se derrumba, un mundo en el que "devenir autónomo" es un eufemismo que significa "haber encontrado un patrón". Se quisiera encontrar en la familiaridad biológica la excusa para corroer dentro de nosotros cualquier determinación ligeramente disruptiva, para hacernos renunciar, con el pretexto de que se nos ha visto crecer, a todo devenir adulto en relación a la gravedad que hay en la infancia. De esta corrosión hay que preservarse.

La pareja es el último escalón de la gran debacle social. Es el oasis en medio del desierto humano. Se viene a buscar en ella, bajo los auspicios de lo "íntimo", todo aquello de lo que ha desertado tan evidentemente en las relaciones sociales contemporáneas: el calor, la sencillez, la verdad, una vida sin teatro ni espectador. Pero pasado el aturdimiento amoroso, la "intimidad" termina colgando

los hábitos: ella misma es un invento social, habla el lenguaje de las revistas femeninas y de la psicología, está, como el resto, saturada de estrategias hasta el hastío. En esto no hay más verdad que en cualquier otra cosa, allí también dominan la mentira y las leyes de extranjería. Y cuando, por fortuna, se la encuentra, esta verdad apela a un compartir que desmiente la propia forma de la pareja. Por lo que los seres se aman, es también por lo que se vuelven amables, y se arruina la utopía del autismo entre dos.

En realidad, la descomposición de todas las formas sociales es una oportunidad. Es para nosotros la condición ideal para una experimentación masiva, salvaje, de nuevos acuerdos, de novedosas fidelidades. La famosa "dimisión parental" nos ha impuesto una confrontación con el mundo que ha ganado para nosotros una precoz lucidez y que augura bellas revueltas. En la muerte de la pareja, vemos nacer inquietantes formas de afectividad colectiva; ahora que el sexo es usado hasta reventar, que la virilidad y la feminidad son unos viejos vestidos apolillados, que tres decenios de continuas innovaciones pornográficas han agotado los atractivos de la transgresión y la liberación. Lo que hay de incondicional en los lazos de parentesco, contamos con hacerlo la armadura de una solidaridad política tan impenetrable a la injerencia estatal como un campamento de gitanos. No hay sino interminables subvenciones por las que numerosos padres se ven obligados a servir a su proletarizada prole, cosa que no puede sino convertirse en una forma de mecenazgo a favor de la subversión social. "Devenir autónomo" podría querer decir, también: aprender a pelear en la calle, a ocupar casas vacías, a no trabajar, a amarse locamente y a robar en los supermercados.

Tercer círculo

"La vida, la salud, el amor son precarios ¿por qué el trabajo escaparía a esta ley?"

No hay una cuestión tan embrollada en Francia como la del trabajo. No hay relación más enrevesada que la de los franceses con el trabajo. Vean a Andalucía, a Argelia, a Nápoles. En el fondo se desprecia el trabajo. Vean a Alemania, a los Estados Unidos, a Japón. Se sueña con el trabajo. Las cosas cambian, es cierto. Hay, es verdad, *otaku* en Japón, *frohe Arbeitslose* en Alemania y *workaholics* en Andalucía. Pero por el momento estos no son más que curiosidades. En Francia se emplean manos y pies para trepar por la jerarquía, pero se halaga en privado no trabajar más que el otro. Se sigue trabajando hasta las diez de la noche cuando el trabajo está desbordado, pero nunca hubo escrúpulos en robar, por aquí y por allá, material de la oficina, o en purgar del stock de la caja las piezas sueltas para venderlas luego. Se odia a la patronal, pero se quiere a cualquier costo estar empleado. Tener trabajo es un honor y trabajar una marca de servilismo. En resumen: el perfecto cuadro clínico de la histeria. Se ama detestando, se detesta amando. Y cada uno sabe del estupor y el desarraigo que golpea al histérico cuando éste pierde a su víctima, a su amo. Lo más frecuente es que no se recupere.

En este país en el fondo *político* que es Francia, el poder industrial siempre ha sido sumiso al poder estatal. La actividad económica nunca ha dejado de estar desconfiadamente dirigida por una administración puntillosa. Los grandes patrones que no provienen

de la nobleza de Estado tipo Politechnique-ENA¹¹ son los parias del mundo de los negocios donde se admite, en secreto, que dan un poco de lástima. Bernard Tapie es su trágico héroe: adulado un día, en la cárcel al siguiente, *siempre intocable*. Que ahora cambie de escena no tiene nada de sorprendente. Contemplándolo como se contempla a un monstruo, el público francés lo mantiene a buena distancia y, por el espectáculo de una infamia tan fascinante, se preserva de su contacto. Pese al gran bluff de los años ochenta, *el culto a la empresa nunca arraigó en Francia*. El que escriba un libro para vilipendiarla, tiene un seguro best seller. Los managers, sus costumbres y su literatura sirven para presumir en público, pero dejan a su alrededor un cordón sanitario de burla sorda, un océano de desprecio, un mar de sarcasmos. El empresario no forma parte de la familia. Como máximo, en la jerarquía de lo detestable, se lo prefiere al policía. Ser funcionario sigue siendo, contra viento y marea, contra los *golden boys* y las privatizaciones, la definición aceptada de un *buen* trabajo. Se puede envidiar la riqueza de los que la poseen, pero no se envidia su puesto.

Es sobre este fondo neurótico que los sucesivos gobiernos todavía pueden declarar la guerra al desempleo, y pretender librar la "batalla del empleo", mientras los ex-ejecutivos acampan con sus portátiles en las tiendas de Médicos del mundo, que están levantadas a orillas del Sena. Cuando las exclusiones masivas de las listas de la ANPE¹² se esfuerzan infructuosamente por hacer descender el número de desempleados por debajo de los dos millones, a pesar de todos los trucos estadísticos. Cuando sólo el RMI¹³ y

11 Se trata de dos instituciones de enseñanza: por un lado, "Polytechnique" es una prestigiosa escuela de ingeniería que mantiene estrechos lazos con el departamento de defensa; por otro, "ENA", es la escuela nacional de administración en Francia.

12 Instituto nacional de empleo francés.

13 Ingreso Mínimo de Inserción: ayuda estatal para la inserción social de personas sin ingresos.

el *biz*¹⁴ son la garantía, según los servicios de inteligencia, contra una explosión social posible en cualquier momento. Es tanto la economía psíquica de los franceses como la propia estabilidad política del país la que se juega en el mantenimiento de la ficción del trabajo.

Que se nos permita que nos importe un pito.

Pertenece a una generación que vive *muy bien* sin esta ficción. Que nunca pensó en la jubilación ni en el derecho laboral, todavía menos en el derecho *al* trabajo. Que no es tampoco "precaria", como se complacen en teorizarla las facciones más avanzadas de la militancia izquierdista, porque ser precario es definirse todavía en relación a la esfera del trabajo, en este caso: *en su descomposición*. Admitimos la necesidad de ganar dinero de cualquier modo, porque en el presente es imposible estar sin él, pero no la necesidad de trabajar. Por cierto, nosotros no trabajamos: *nosotros zafamos*. La empresa no es un lugar en el que nosotros existimos, es un lugar que atravesamos. No somos cínicos, somos sólo reticentes a dejar que abusen de nosotros. Los discursos sobre la motivación, la calidad, la inversión personal, nos resbalan para mayor angustia de los gestores de recursos humanos. Se dice que estamos decepcionados de la empresa, que ésta no ha honrado la lealtad de nuestros padres, despedidos demasiado a la ligera. Se miente. Para estar frustrado hay que haber esperado algún día. Y nosotros nunca hemos esperado nada de ella: la vemos como lo que es y nunca ha dejado de ser: un juego con víctimas de confort variable. Sólo lamentamos que nuestros padres hayan mordido el anzuelo, al menos los que se lo creyeron.

La confusión de sentimientos que rodea la cuestión del trabajo se puede explicar así: la noción de trabajo siempre está escondida bajo dos dimensiones contradictorias: una dimensión de *explotación* y una dimensión de *participación*. Explotación de la fuerza de

14 Informalmente *business*, en inglés "negocios".

trabajo individual y colectiva, por la apropiación privada o social de la plusvalía; participación en una obra común mediante los lazos que se tejen entre los que cooperan en el seno del universo de la producción. Las dos dimensiones están viciadamente confundidas en la noción de trabajo, lo que explica la indiferencia de los trabajadores, en última instancia, ante la retórica marxista, que niega la dimensión participativa, como ante la retórica del management, que niega la dimensión explotadora. De ahí, también, la ambivalente relación con el trabajo, al tiempo deshonrado en tanto nos convierte en ajenos a lo que hacemos, y adorado en tanto es una parte de nosotros la que se pone en juego. El desastre, aquí, es anterior: reside en todo lo que se ha necesitado destruir, en todos aquellos que se ha hecho necesario desarraigar para que el trabajo acabe por aparecer como *la única manera de existir*. El horror del trabajo es menor en el propio trabajo que en la destrucción metódica, desde hace siglos, de todo lo que no es trabajo: afinidades barriales, de oficio, de pueblo, de lucha, de parentesco; apego a los lugares, a los seres, a las estaciones, a las maneras de hacer y de hablar.

Ahí reside la actual paradoja: el trabajo ha triunfado sin duda sobre el resto de las maneras de existir, incluso en un tiempo en el que los trabajadores se han convertido en superfluos. Los aumentos de productividad, la deslocalización, la mecanización, la automatización, la digitalización de la producción han progresado tanto, que han reducido a casi nada la cantidad de trabajo vivo necesario para la realización de cualquier mercancía. Vivimos la paradoja de una sociedad de trabajadores sin trabajo; donde la diversión, el consumo, las distracciones, no hacen sino acentuar aún más la carencia de aquello de lo que nos deberían distraer. La mina de Carmaux, que se hizo célebre hace un siglo por sus violentas huelgas, ha sido reconvertida en Cap Découverte. Es un "polo multiocio" hecho para el skateboard y la bicicleta, y que

se distingue por el "museo de la Mina", en el que se simulan las explosiones de grisú para los veraneantes.

En las empresas, el trabajo se divide siempre de la manera más visible, en puestos altamente calificados de desarrollo, diseño, control de calidad, coordinación, comunicación ligados a la puesta en práctica de todos los saberes necesarios para el nuevo proceso de producción cibernética; y en empleos no calificados de vigilancia y mantenimiento de este proceso. Los primeros, son una pequeña cantidad, muy bien pagados y tan codiciados que la minoría que los acapara no tiene en sus planes dejar escapar ni una migaja. Su trabajo y ellos se hacen uno, en una angustiosa fusión. Directivos, científicos, lobbyistas, investigadores, programadores, consultores, desarrolladores, ingenieros no cesan literalmente *jamás* de trabajar. Hasta lo que hacen en la cama aumenta su productividad. "Las empresas más creativas son también aquellas en las que las relaciones íntimas son más numerosas" teoriza un filósofo de RR.HH. "Los colaboradores de la empresa, confirma un RR.HH. de Daimler-Benz, forman parte del capital de la empresa [...] Su motivación, su saber hacer, su capacidad de innovación y su preocupación por los deseos de la clientela constituyen la materia prima de los servicios innovadores [...] Su comportamiento, su competencia social y emocional tienen un peso creciente en la evaluación de su trabajo [...] Éste ya no será evaluado por la cantidad de horas de presencia, sino sobre la base de objetivos alcanzados y a la calidad de los resultados. Ellos son los emprendedores."

El conjunto de las tareas que no pueden ser confiadas a la automatización, forman una nebulosa de puestos que, al no poder ser ocupados por las máquinas, son ocupables por no importa qué humanos —operarios de rampa, stockistas, trabajadores en cadena, jornaleros, etc. Esta flexible mano de obra, indiferenciada, que pasa de una tarea a otra y nunca se queda demasiado tiempo en una empresa, no puede constituirse en una fuerza, no estando

nunca en el centro de los procesos de producción sino pulverizada en una multitud de intersticios, ocupada en tapan los agujeros de lo que no ha sido mecanizado. El interino es la figura de este obrero que nunca es uno, que no tiene más oficio sino una serie de competencias que vende en el curso de sus trabajos, y cuya disponibilidad es todavía un trabajo.

Al margen de este núcleo de trabajadores eficaces, necesarios para el buen funcionamiento de la máquina, se extiende a partir de ahora una mayoría convertida en supernumeraria, que es ciertamente útil al flujo de la producción, pero no a mucho más, y que, en su ociosidad, hace pesar sobre la máquina el riesgo de que se ponga a sabotearla. La amenaza de una desmovilización general es el espectro que hace sus apariciones ante el actual sistema de producción. A la pregunta "¿Por qué trabajar, entonces?" no todo el mundo responde como aquel ex-Rmiste¹⁵ a *Libération*¹⁶: "Por mi bienestar. Es necesario que me ocupe en algo". *Existe un serio riesgo de que terminemos por encontrar un empleo a nuestra desocupación*. Esta población flotante debe ser ocupada, o mantenida. Ahora bien, no se ha encontrado al día de hoy un método disciplinario mejor que el asalariado. Será entonces necesario continuar el desmantelamiento de los "derechos adquiridos" para devolver al regazo salarial a los más rebeldes, a los que no se rinden ante la alternativa entre morir de hambre y pudrirse en la cárcel. La explosión del sector esclavista de los "servicios personales" debe seguir: empleadas domésticas, restauración, masaje, asistencia a domicilio, prostitución, cuidados médicos, ocio terapéutico, ayuda psicológica, etc. Todo ello acompañado de una continua revalorización de las normas de seguridad, de higiene, de conducta y de cultura, de una aceleración en la fugacidad de las modas, que asientan por

15 El "Rmiste" o "Erémiste" es una persona que cobra la ayuda estatal para la inserción social.

16 Diario de centroizquierda.

sí mismas la necesidad de estos servicios. En Rouen, los parquímetros han dejado paso al "parquímetro humano": alguien que se aburre en la calle nos expide un ticket de estacionamiento y nos alquila, si es el caso, un paraguas para un chaparrón.

El orden del trabajo fue el orden del mundo. La evidencia de su ruina contagia la tetania ante la única idea que resulta de todo esto: trabajar, hoy, se vincula menos a la necesidad *económica* de producir mercancías que a la necesidad *política* de producir productores y consumidores, de salvar por cualquier medio el orden del trabajo. Producirse a *sí mismo*, está en trance de convertirse en la ocupación dominante de una sociedad en la que la producción ha devenido sin objeto: como un carpintero al que se hubiera desposeído de su taller y que se pusiera, por su desesperación, a cepillar-se a sí mismo. Ésta es la razón del espectáculo de esos jóvenes que se entrenan para sonreír en su entrevista de trabajo, que se hacen blanquear los dientes para ascender, que van a los bares nocturnos para estimular el espíritu de equipo, que aprenden inglés para impulsar su carrera, que se divorcian o se casan para actualizarse, que hacen cursos de teatro para convertirse en *leaders* mediante el "desarrollo personal" para poder "gestionar los conflictos". "El desarrollo personal más íntimo, pretende cualquier gurú, llevará a una mayor estabilidad emocional, a una apertura a las relaciones más sencilla, a una agudeza intelectual mejor dirigida, y por consecuencia a un mejor resultado económico." El bullicio de este pequeño mundo que espera con impaciencia ser seleccionado, entrenándose para ser natural, revela una tentativa de salvar el orden del trabajo, mediante una ética de la *movilización*. Ser movilizado es referirse al trabajo no como actividad, sino como *posibilidad*. Si el desocupado que se quita sus piercings, va al peluquero y tiene "proyectos", trabaja correctamente en "su empleabilidad", como se dice, es que testimonia su movilización. La movilización es este ligero desprendimiento respecto de uno mismo, este desgarramien-

to mínimo en lo que nos constituye, esta condición de extranjería a partir de la que el Yo puede ser tomado como objeto de trabajo, a partir de que se vuelve posible *venderse* a sí mismo y no a su fuerza de trabajo, hacerse remunerar no por lo que se hace sino por lo que se es, por nuestra exquisita maestría en los códigos sociales, nuestros talentos en las relaciones, por nuestra sonrisa y nuestra manera de presentarnos. Es la nueva norma de socialización. La movilización opera la fusión de los dos polos contradictorios del trabajo: aquí, uno participa en su explotación y se explota toda participación. Se es uno mismo, idealmente, una pequeña empresa: uno es su propio patrón y su propio producto. Se trata, se trabaje o no, de acumular contactos, competencias, la "red", en fin: el "capital humano". La conminación planetaria a movilizarse bajo el menor pretexto -el cáncer, el "terrorismo", un terremoto, los SDF¹⁷- resume la determinación de las potencias reinantes a mantener el reino del trabajo más allá de su desaparición física.

La presente apariencia de producción es pues, de un lado, esta gigantesca máquina de movilizar psíquica y físicamente, de chupar la energía de los seres humanos convertidos en excedentarios, de otro es esta máquina de clasificar que determina la supervivencia de las subjetividades conformes y abandona a los "individuos de riesgo", a todos aquellos que encarnan otro uso de la vida, y por lo tanto, resisten. De un lado, se hace vivir a los espectros y por otro, se deja morir a los vivos. Esta es la función propiamente política del presente aparato de producción.

Organizarse mas allá y contra el trabajo, desertar colectivamente del régimen de la movilización, manifestar la existencia de una vitalidad y de una disciplina *en la propia desmovilización*, es un crimen que una civilización desesperada no esta lista para perdonarnos; esta es, de hecho, la única manera de sobrevivir a ella.

¹⁷ Abreviación en francés de "*sans domicile fixe*" (sin domicilio fijo) para referirse a los vagabundos.

Cuarto círculo

"¡Más simple, más fun, más móvil, más seguro!"

Que ya no se nos hable más de "la ciudad" y de "el campo", y menos aún de su antigua oposición. Eso que se extiende a nuestro alrededor no la recuerda ni de cerca ni de lejos: ésta es una única capa urbana, sin forma y sin orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un continuum mundial de hipercentros museificados y de parques naturales, de grandes urbanizaciones e inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y urbanizadas, de albergues rurales y de bares de moda: la metrópolis. Existió la ciudad antigua, la ciudad medieval o la ciudad moderna: no hay ciudad metropolitana. La metrópolis quiere ser la síntesis de todo el territorio. Todo cohabita en ella, no tanto geográficamente sino por el tejido de sus redes.

Es precisamente porque acaba de desaparecer que ahora la ciudad se ha fetichizado, como la Historia. Las manufacturas de Lille se convirtieron en salas de espectáculos, el centro de puro hormigón del Havre es patrimonio de la Unesco. En Pekin, los hutongs que rodean la Ciudad prohibida son destruidos para ser falsamente reconstruidos, un poco más lejos, para la atención de los curiosos. En Troyes, se pegan las fachadas ensamblando las vigas sobre edificios en parpaing¹⁸, un arte del plagio que no existe sin evocar las boutiques de estilo victoriano de Disneyland París. Los centros históricos, durante tanto tiempo asientos de la sedición, encuentran sensatamente su lugar en el organigrama de la metrópolis.

18 Muros de piedra tallada

Son entregados al turismo y al consumo ostentoso. Son los islotes de los mágicos comercios, que se mantienen por el aquelarre y la estética, y por la fuerza también. La asfixiante cursilería de los mercadillos de Navidad se paga con siempre más vigilantes y patrullas municipales. El control se integra de maravilla en el paisaje de la mercancía, mostrando su cara autoritaria a quien la quiera ver. La época es una mezcla, mezcla de musiquillas, de cachiporras telescópicas y de algodón de azúcar. Eso es lo que supone una vigilancia policial: ¡el hechizo!

Este gusto de lo auténtico-entre-comillas y de control que trae aparejado, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Arrojada fuera de los hipercentros, va a buscar allí una "vida de barrio", que nunca encontraría entre los edificios Phénix. Y expulsando a los pobres, los coches y los inmigrantes, dejando el terreno *limpio*, expulsando los microbios, pulveriza lo que ella misma venía a buscar. Sobre un cartel municipal, un barrendero tiende la mano a un guardián de la paz; un slogan: "Montauban, ciudad limpia".

La decencia que obliga a los urbanistas a no hablar ya de "la ciudad", que ellos mismos han destruido, sino de "lo urbano", debería incitarles también a no hablar más de "el campo", que ya no existe. Lo que hay, en su lugar, es un paisaje que se exhibe a las masas estresadas y desarraigadas, un pasado que se puede poner en escena ahora que los campesinos han sido reducidos a tan poco. Es un marketing que se despliega sobre un "territorio" donde todo ha de ser valorizado o constituido en patrimonio. Es siempre el mismo vacío congelado que conquista hasta los lugares más recónditos.

La metrópolis es esta muerte simultánea de la ciudad y el campo, la encrucijada donde convergen todas las clases medias, en este medio de la clase media, que se estira indefinidamente desde el éxodo

rural hasta la "suburbanización". A la vitrificación del territorio mundial, la favorece el cinismo de la arquitectura contemporánea. Un colegio, un hospital, una mediateca, son otras tantas variaciones sobre el mismo tema: transparencia, neutralidad, uniformidad. Los edificios, masivos y fluidos, concebidos sin la necesidad de saber lo que acogerán, y que *podrían estar aquí* tan bien como en cualquier otra parte. ¿Qué hacer con las torres de oficinas de la Défense, de la Part Dieu o de Euralille? La expresión "flamante" contiene en sí todo su destino. Un viajero escocés, luego de que los insurgentes hayan quemado la Alcaldía de París en mayo de 1871, testimonia el singular esplendor del poder en llamas: "[...] nunca había imaginado nada más bello; es soberbio. Las gentes de la Comuna son horriblemente deshonestas, no lo niego; pero ¡qué artistas! ¡Y no han sido conscientes de su obra! [...] He visto las ruinas de Amalfi batidas por el azul oleaje del Mediterráneo, las ruinas de los templos de Tung-hoor en el Punjab; he visto Roma y muchas otras cosas: nada se puede comparar a lo que ha sucedido esta noche ante mis ojos".

Quedan bien, atrapados en la malla metropolitana, algunos fragmentos de ciudad y algunos residuos del campo. Pero el vivaz, él, ha establecido su residencia en los lugares relegados. La paradoja quiere que los sitios aparentemente más inhabitables sean los únicos en ser habitados de cualquier manera. Una vieja choza ocupada siempre parecerá más poblada que esos departamentos de standing en los que no se puede más que colocar los muebles y perfeccionar la decoración a la espera de la siguiente mudanza. En muchas megalópolis las barriadas son los últimos lugares vivos, vivibles y, sin duda, también los más mortales. Son el reverso del decorado electrónico de la metrópolis mundial. Las ciudades-dormitorio de los suburbios del Norte de París, abandonados por una pequeña burguesía lanzada a la caza de los chalets, han sido devueltas a la vida por el desempleo masivo, resplandeciendo más

intensamente desde entonces que el Quartier latin¹⁹. Tanto por la palabra como por el fuego.

El incendio de noviembre de 2005 no nace de la desposesión extrema, como tanto se ha interpretado, sino por el contrario de la plena posesión de un territorio. Se pueden quemar coches por puro aburrimiento, pero para propagar el motín durante un mes y mantener permanentemente en jaque a la policía, es preciso saber organizarse, tener cómplices, conocer perfectamente el terreno, compartir un lenguaje y un enemigo común. Los kilómetros y las semanas no han impedido la propagación del fuego. A las primeras hogueras, respondieron otras allí donde menos se esperaban. El rumor no se puede detener con escuchas.

La metrópolis es el territorio de un conflicto incesante de baja intensidad, en el que la toma de Basora, de Mogadiscio o de Nablus, marcan los momentos culminantes. La ciudad, para los militares, fue durante mucho tiempo un lugar a evitar, incluso a asediar; la metrópolis, ella, es totalmente compatible con la guerra. El conflicto armado no es sino un momento en su constante reconfiguración. Las batallas libradas por las grandes potencias se parecen más a un trabajo policial, siempre a rehacer en los agujeros negros de la metrópoli -"que sea en Burkina Faso, en el South Bronx, en Kamagasaki, en Chiapas o en la Courneve". Las "intervenciones" no aspiran tanto a la victoria, ni siquiera a restablecer el orden y la paz, sino a continuar una empresa de seguridad siempre en marcha. La guerra ya no es aislable en el tiempo, sino que se difracta en una serie de microoperaciones, militares y policiales, para asegurar la seguridad.

La policía y el ejército se adaptan mutuamente y paso a paso. Un criminólogo demanda a las CRS que se organicen en pequeñas unidades móviles y profesionalizadas. La institución militar,

19 Barrio céntrico de París, estudiantil e intelectual.

cuna de métodos disciplinarios, reencauza su organización jerárquica. Un oficial de la OTAN aplica, a su batallón de artilleros, un "método participativo que implique a cada uno en el análisis, la preparación, la ejecución y la evaluación de una acción. El plan es discutido y rediscutido durante días, a lo largo del entrenamiento y según las últimas informaciones recibidas (...) Nada como un plan elaborado en común para aumentar tanto la adhesión como la motivación".

Las fuerzas armadas no sólo se adaptan a la metrópolis sino que le dan forma. Así, los soldados israelíes, tras la batalla de Nablus, se hacen decoradores de interior. Obligados por la guerrilla palestina a abandonar las calles, demasiado peligrosas, aprenden a avanzar vertical y horizontalmente al seno de las construcciones urbanas, reventando muros para moverse. Un oficial de las fuerzas de defensa israelíes, diplomado en filosofía, explica: "El enemigo interpreta el espacio de un modo clásico, tradicional y yo me niego a seguir su interpretación y caer en sus trampas (...) ¡Le quiero sorprender! Ésta es la esencia de la guerra. Tengo que ganar (...) y aquí esta: he escogido la metodología que me hace atravesar los muros. Como un gusano que avanza comiendo lo que encuentra en su camino." Lo urbano es más que el teatro del enfrentamiento, es el medio mismo. Esto no es sin recordar los consejos de Blanqui, en este caso del lado de la insurrección, que recomendaba a los futuros insurgentes de París tomar las casas de las calles con barricadas para proteger sus posiciones, romper los muros para comunicarlas, derribar las escaleras al piso principal y agujerear los techos para defenderse de eventuales asaltantes, arrancar las puertas para tapar las ventanas y hacer de cada piso un puesto de tiro.

La metrópolis no es más que esta nebulosa organizada, esta colisión final de la ciudad con el campo, es en consecuencia un flujo de seres y de cosas. Una *corriente* que atraviesa toda una red de

fibras ópticas, de líneas del TGV²⁰, de satélites, de cámaras de videovigilancia para que este mundo jamás pare de correr hacia su ruina. Una corriente que quisiera arrastrar todo hacia una movilidad sin esperanza, que *movilice* a cada uno. Donde se es asaltado por informaciones igual que por fuerzas hostiles. Donde no queda más que correr. Donde se vuelve difícil esperar, incluso el enésimo vagón del metro.

La multiplicación de los medios de desplazamiento y de comunicación nos arranca sin interrupción del *aquí* y del *ahora*, con la tentación de ser siempre otros. Tomar un TGV, un RER²¹, un teléfono para estar *ya allí*. Pero esta movilidad no conlleva sino desarraigo, aislamiento, exilio. Ésta sería insoportable para cualquiera que no estuviera siempre amoldado *al espacio privado*, al interior portátil. La burbuja privada no estalla sino que se pone a flotar. No es el fin del *cocooning*²² sino su puesta en movimiento. En una estación, en un centro comercial, en un banco de negocios, de un hotel a otro, siempre esta extranjería, tan banal, tan conocida que tiene carácter de profunda familiaridad. La lujuria de la metrópolis consiste en esta mezcla aleatoria de ambientes definidos, susceptibles de recombinarse indefinidamente. Los centros urbanos se ofrecen no como lugares idénticos, sino como ofertas originales de ambientes, entre las que nos movemos, escogiendo una, dejando otra, al extremo de una suerte de shopping existencial entre los estilos de los bares, de la gente, de los diseños o entre los *playlists* de un i-pod. "Con mi lector de mp3, soy el amo de mi mundo." Para sobrevivir a la asediante uniformidad, la única opción es reconstituir sin cesar el mundo interior como un niño que reconstruye en todas parte la misma cabaña. Como Robinson re-

20 *Train à Grande Vitesse*, Trenes de alta velocidad.

21 *Réseau Express Régional* (red ferroviaria exprés regional) Trenes interurbanos.

22 Refiere a un repliegue de las condiciones estresantes de la vida pública a el mundo privado de la familia. Su raíz es *cocoon*, en inglés "capullo".

produciendo su universo de comerciante en la isla desierta, como es nuestra isla desierta la propia civilización, y que somos millones los que queremos bajarnos ahora.

Precisamente porque es una arquitectura de flujos, la metrópoli es una de las formaciones humanas más vulnerables que nunca ha existido. Flexible, sutil, pero vulnerable. Un cierre total de fronteras a causa de una terrible epidemia, cualquier carencia en un abastecimiento vital, un bloqueo organizado de los ejes de comunicación y todo el decorado se desmorona, no puede seguir escondiendo las escenas de la masacre que la acosan permanentemente. Este mundo no iría tan deprisa si no estuviese constantemente perseguido por la proximidad de su desmoronamiento.

Su estructura en red, toda su infraestructura tecnológica de nudos y de conexiones, su arquitectura descentralizada quisieran poner la metrópolis al abrigo de sus inevitables disfunciones. Internet debe resistir un ataque nuclear. El control permanente de los flujos de información, de hombres y de mercancías debe asegurar la movilidad metropolitana, la rastreabilidad, asegurar que nunca falte un palet en el stock de mercancías, que nunca se encuentre un billete robado en el comercio o un terrorista en el avión. Gracias a un chip RFID²³, a un pasaporte biométrico, a un fichero de ADN.

Pero la metrópolis también produce los medios de su propia destrucción. Un experto norteamericano en seguridad explica la derrota en Irak por la capacidad de la guerrilla para sacar provecho a los nuevos modos de comunicación. En su invasión, los Estados Unidos no han importado tanto la democracia como las redes cibernéticas. Con ellas traen una de las armas de su derrota. La multiplicación de los teléfonos celulares y de los puntos de acceso a

23 En inglés, “*Radio Frequency IDentification*”: identificación por radiofrecuencia.

Internet ha provisto a la guerrilla medios inéditos para organizarse y para volverse tan difícilmente atacable.

Cada red tiene sus puntos débiles, sus nudos que hay que deshacer para que se detenga la circulación, para que el tejido estalle. El último gran apagón europeo lo ha mostrado: habría bastado un incidente en una línea de alta tensión para sumir a buena parte del continente en la oscuridad. El primer gesto para que algo pueda surgir en medio de la metrópolis, para que se abran otras posibilidades, es detener su propio *perpetuum mobile*. Es lo que han comprendido los rebeldes tailandeses que hacen saltar los repetidores eléctricos. Es lo que han comprendido los anti-CPE²⁴, que han bloqueado las universidades para después intentar bloquear la economía. Esto es lo que también comprendieron los estibadores americanos en la huelga de octubre de 2002 por el mantenimiento de trescientos empleos, y que bloquearon durante diez días los puertos principales de la costa Oeste. La economía americana es tan dependiente de los flujos provenientes de Asia que el costo del bloqueo fue de mil millones de euros diarios. Con diez mil se puede hacer vacilar a la mayor potencia económica mundial. Para ciertos "expertos", si la acción se hubiese prolongado un mes más, hubiéramos asistido a "una vuelta a la recesión en los Estados Unidos y una pesadilla para el Sureste asiático".

24 Ley de *Contrat Première Embouche* (Contrato del Primer Empleo).

Quinto círculo

"Menos bienes, más vínculos"

Treinta años de masiva desocupación, de "crisis", de crecimiento a media hasta y todavía se nos quiere hacer creer en la economía. Treinta años subrayados, bien es cierto, por algunos entre actos ilusionantes: el entre acto 1981-83 ilusión por que un gobierno de izquierda pudiese traer la felicidad al pueblo; el entre acto de los años de la "plata dulce" (1986-89), en el que todos nos íbamos a hacer ricos, hombres de negocios y corredores de bolsa; el entre acto Internet (1998-2001), donde todos encontraríamos un empleo virtual a fuerza de estar conectados, donde la Francia multicolor pero una, multicultural y cultivada, ganaría todas las copas del mundo. Pero, en eso, se han gastado todas nuestras reservas de ilusión, se ha tocado fondo, estamos secos, si no en descubierto.

A la fuerza se ha comprendido esto: no es la economía la que está en crisis, es la economía quien *es* la crisis; no es el trabajo lo que falta, es el trabajo *lo que está de más*; bien pensado, no es la crisis sino el crecimiento lo que nos deprime. Es preciso reconocerlo: la letanía de las cotizaciones bursátiles no nos es más cercana que una misa en latín. Felizmente para nosotros, somos una cierta cantidad los que hemos llegado a esta conclusión. No hablamos de los que viven de estafas diversas, de tráfico de cualquier género o están en el RMI desde hace diez años. De todos los que no pueden identificarse más con su trabajo y se reservan para sus diversiones. De todos los ficosos, todos los vagos, de los que hacen lo mínimo, pero son mayoría. De todos a los que toca esta extraña *indiferencia*

masiva, que viene a acentuar más todavía el ejemplo de los jubilados y la cínica sobreexplotación de una mano de obra flexibilizada. No hablamos de ellos porque, de una u otra manera, deben llegar a una conclusión parecida.

Aquello de lo que hablamos es de todos los países, de continentes enteros que han perdido la fe económica tras haber visto pasar con pérdidas y fracasos los Boeing del FMI, tras haber tanteado un poco al Banco Mundial. Nada, allí, de esta crisis de vocación que sufre indolentemente, en Occidente, la economía. Aquello de lo que se trata en Guinea, en Rusia, en Argentina, en Bolivia es de un duradero y violento descrédito de esta religión y de su clero. "¿Qué hacen mil economistas del FMI hundidos en el fondo del mar? -Un buen principio", se bromea en el Banco Mundial. Un chiste ruso: "Dos economistas se encuentran. Uno pregunta al otro: "¿Entendés lo qué esta pasando?" y el otro responde: "Escuchá, te lo voy a explicar." "No, no, contesta el primero, explicarlo no es difícil, yo también soy economista, lo que te pregunto es: ¿Entendés lo que está pasando?". El propio clero finge entrar en disidencia y criticar el dogma. La última corriente un poco vital de la pretendida "ciencia económica" -corriente que se llama sin humor la "economía no autista" - se propone, en adelante, demostrar las usurpaciones, las jugarretas, los índices adulterados de una ciencia cuyo único papel tangible es agitar el ostensorio en torno a las elucubraciones dominantes, rodear de liturgia sus llamadas a la sumisión y, en fin, como siempre han hecho las religiones, *proporcionar las explicaciones*. Pues la desgracia general deja de ser soportable desde que se muestra como es: sin causa ni razón.

El dinero no es ya respetado en ninguna parte, ni por los que lo tienen ni por los que carecen de él. El veinte por ciento de los jóvenes alemanes, cuando se les pregunta qué quieren ser en el futuro, responden "artista". El trabajo no se soporta como un estado de la condición humana. La contabilidad de las empresas

confiesa que ya no sabe de dónde surge el valor. La mala fama del mercado habría acabado con él hace un buen decenio, si no fuera por la pasión y los amplios medios de sus apólogos. El progreso se ha vuelto en cada lugar, según el sentido común, sinónimo de desastre. Todo huye en el mundo de la economía, como todo huía en la URSS durante la época de Andropov. El que esté un poco interesado en los últimos años de la URSS, percibirá sin esfuerzo en todas las llamadas al voluntarismo de sus dirigentes, en todas las intuiciones sobre un futuro del que se ha perdido la pista, en todas las profesiones de fe en "la reforma" de todo, no importa de qué, los primeros crujidos en la estructura del Muro. El derrumbe del bloque socialista no consagró el triunfo del capitalismo, sino que solamente demostró la quiebra de una de sus formas. Por otra parte, la muerte de la URSS no fue la consecuencia de una revuelta popular sino la reconversión de la nomenklatura²⁵. Proclamando el fin del socialismo, una parte de la clase dirigente se ha emancipado de todas las tareas anacrónicas que la unían a su pueblo. Ha tomado el *control privado* de lo que ya controlaba, pero en nombre de todos. "Puesto que ponen cara de pagarnos, pongamos cara de trabajar", se decía en las fábricas. "Si esto no se sostiene, ¿dejamos de fingir!", respondió la oligarquía. Para unos, las materias primas, las infraestructuras industriales, el complejo militar-industrial, los bancos, las discotecas y para los otros, la miseria o la emigración. Como no se creía más en la URSS bajo Andropov, hoy en día no se cree más en Francia en las salas de reunión, en los talleres, en las oficinas. "Si esto no se sostuviese", responden patrones y gobernantes, que no se toman la molestia de aducir "las duras leyes de la economía", trasladan una fábrica de noche para anunciar su cierre al personal a la mañana siguiente y no vacilan en enviar el GIGN

25 En su libro *Nomenklatura*, Mikhaïl Voslenski designa con este término a la clase privilegiada de la URSS. Refiere a los puestos de dirección de los órganos del partido y del Estado establecida por el comité central.

²⁶ para detener una huelga -como se hizo en la de SNCM²⁷ o durante la ocupación, el año anterior, en un centro de clasificación en Rennes. La mortífera actividad del poder actual consiste en dirigir esta ruina desde un lado y plantar las bases de una "nueva economía" desde el otro.

Nosotros nos habíamos acostumbrado, sin embargo, a la economía. Tras generaciones en que se nos ha disciplinado, se nos ha pacificado, en las que se ha hecho de nosotros *sujetos*, naturalmente productivos, contentos de consumir. Y he aquí que se revela aquello que estábamos tratando de olvidar: *que la economía es una política*. Y que esta política, hoy, es una política de selección en el seno de una humanidad convertida, masivamente, en superflua. De Colbert a De Gaulle pasando por Napoleón III, el Estado siempre ha concebido la economía como política, no menos que la burguesía, que obtiene beneficios, y los proletarios que la padecen. No existe más que este extraño estrato intermedio de la población, este curioso agregado sin fuerza de *los que no toman partido*, la pequeña burguesía, que siempre ha simulado creer en la economía como en una realidad -porque así su neutralidad quedaba preservada. Pequeños comerciantes, pequeños patronos, pequeños funcionarios, cuadros, profesores, periodistas, intermediarios de todas las clases, forman en Francia esta no-clase, esta gelatina social compuesta por la masa de los que simplemente quisieran pasar su pequeña vida privada a cubierto de la Historia y sus tumultos. Este pantano está predispuesto a ser el campeón de la mala conciencia, dispuesto a todo para tener, en su somnolencia, los ojos cerrados a la guerra que causa dolor a su alrededor. Cada clarear del frente está señalado en Francia por la invención de un nuevo capricho.

26 Grupo de intervención de la gendarmería nacional

27 "*Société Nationale Maritime Corse Méditerranée*" o SNCM es una compañía de navegación privatizada en el año 2005.

Durante los últimos diez años, éste fue ATTAC²⁸ y su inverosímil tasa Tobin -cuya instauración habría requerido nada menos que la creación de un gobierno mundial-, su apología de la "economía real" contra los mercados financieros y su conmovedora nostalgia del Estado. La comedia duró lo que duró, y acabó en una insípida mascarada. De una extravagancia a otra, llega el *decrecimiento*. Si ATTAC con sus cursos de educación popular ha intentado salvar a la economía *como ciencia*, el decrecimiento pretende salvarla *como moral*. Sólo hay una alternativa al apocalipsis en marcha, decrecer. Consumir y producir menos. Convertirnos en alegremente frugales. Comer bio, ir en bici, dejar de fumar y supervisar seriamente los productos que se compran. Contentarse con lo estrictamente necesario. Sencillez voluntaria. "Redescubrir la verdadera riqueza en la felicidad de unas relaciones sociales distendidas en un mundo sano." "No abusar de nuestro capital natural." Avanzar hacia una "economía sana". "Evitar la regulación por el caos." "No generar una crisis social poniendo en duda la democracia y el humanismo". Resumiendo: *convertirte en ahorrador*. Volver a la economía de Papá, a la edad de oro de la pequeña burguesía: los años 50. "Cuando el individuo se convierte en un buen ahorrador, su propiedad cumple por completo su misión, que es la de permitirle disfrutar de su propia vida al abrigo de la existencia pública o en la reclusión privada."

Un diseñador gráfico vestido con un suéter artesanal bebe un jugo de frutas, entre amigos, en la terraza de un café étnico. Somos cultos, cordiales, nos tomamos el pelo moderadamente, no hacemos mucho ruido ni estamos en silencio, nos miramos sonriendo, un poco plácidos: somos tan civilizados. Más tarde unos irán a trabajar una parcela en la huerta del barrio, mientras otros van a hacer cerámica, zen o una película de animación. Se comulga en

28 Asociación por la Tasación de las Transacciones y por la Ayuda a los Ciudadanos.

el sentimiento justo de formar parte de una humanidad nueva, la más sabia, la más refinada, la última. Y se tiene razón. Curiosamente, Apple y el decrecimiento se entienden en sus ideas sobre la civilización futura. La idea de algunos, de retornar a la economía de antaño, es la oportuna confusión tras la que avanza la idea del gran salto tecnológico de los otros. Porque los retornos no existen en la Historia. La exhortación a volver al pasado no expresa más que una de las formas de conciencia de nuestro tiempo, y raramente la menos moderna. El decrecimiento, no por casualidad, es la bandera de los publicitarios disidentes de la revista *Casseurs de pub*²⁹. Los inventores del crecimiento cero -el Club de Roma en 1972- eran un grupo de industriales y de funcionarios que se basaban en un informe de los cibernéticos del MIT³⁰.

Esta convergencia no es fortuita. Se inscribe en la marcha forzada para encontrar un relevo a la economía. El capitalismo, que ha desintegrado en su beneficio todo lo que subsistía de los lazos sociales, se lanza ahora a su reconstrucción *sobre sus propios fundamentos*. La sociabilidad metropolitana actual es su incubadora. Del mismo modo, ha destruido los espacios naturales y ahora se lanza a la loca idea de reconstruirlos como entornos ambientales controlados, dotados de los adecuados sensores. A esta nueva humanidad corresponde una nueva economía, que quisiera no ser una esfera separada de la existencia sino su propio tejido, que quisiera ser la materia de las relaciones humanas; una nueva definición del trabajo como trabajo sobre uno mismo, y del Capital como capital humano; una nueva idea de la producción como producción de *bienes para las relaciones* y el consumo como consumo de situaciones; y sobre todo una nueva idea del valor que recogería las cualidades de los seres. Esta "bioeconomía" en gestación concibe

29 "Destruyores de publicidad".

30 Massachusetts Institute of Technology.

el planeta como un sistema cerrado que hay que administrar y pretende sentar las bases de una ciencia que integraría la totalidad de los parámetros vitales. Una ciencia así podría hacernos extrañar algún día los buenos tiempos de los indicadores engañosos, en los que se pretendía medir la felicidad del pueblo mediante el crecimiento del PBI, pero en los que al menos nadie creía.

"Revalorizar los aspectos no económicos de la vida" es una consigna del decrecimiento al tiempo que un programa de reforma del Capital. Eco-ciudades, cámaras de videovigilancia, espiritualidad, biotecnologías y convivencia pertenecen al mismo "paradigma civilizatorio" en formación, el de la economía total engendrada desde la base. Su matriz intelectual no es otra que la cibernética, la ciencia de los sistemas, es decir *de su control*. Para imponer definitivamente la economía, su ética del trabajo y la avaricia, se necesitó durante el transcurso del siglo XVII, encerrar y eliminar a toda la fauna de los ociosos, los mendigos, los brujos, los locos, los hedonistas y a otros pobres sin etiqueta, a toda una humanidad que desmentía con su sola presencia el orden del interés y la continencia. La nueva economía no se impondrá sin una selección parecida de los sujetos y de las zonas aptas para la mutación. El tan anunciado caos será la ocasión para esta selección o para nuestra victoria sobre este detestable proyecto.

Sexto círculo

"El medio ambiente es un desafío industrial"

La ecología es el descubrimiento del año. Hace treinta años que dejamos eso a los Verdes, que uno se ríe groseramente de eso los domingos, para retomar un aire afectado el lunes. Y ahora nos alcanza. Invade las ondas como una canción del verano, porque tenemos veinte grados en diciembre.

Una cuarta parte de las especies de peces ha desaparecido de los océanos. El resto no durará mucho tiempo.

Alerta de gripe aviar: se promete acabar rápidamente con las aves migratorias, por centenares de miles.

La tasa de mercurio existente en la leche materna es diez veces superior a la autorizada en la de vaca. Y estos labios que se hinchan cuando muerdo la manzana -que venía sin embargo del mercado. Los gestos más simples se han convertido en tóxicos. Uno muere a los treinta y cinco años "de una larga enfermedad" que se gestionará igual que se gestionó lo demás. Hubiera sido necesario sacar conclusiones antes que ella nos llevase ahí, al pabellón B del centro de cuidados paliativos.

Es preciso reconocerlo: toda esta "catástrofe", que nos entretiene tan ruidosamente, no nos afecta. Al menos no antes de que nos golpee una de sus previsibles consecuencias. Tal vez nos afecta, pero no nos *toca*. Y ahí está el desastre.

No hay "catástrofe medioambiental". Existe esta catástrofe *que es el medio ambiente*. El medio ambiente es lo que le queda al hom-

bre cuando ha perdido todo. Los que habitan en un barrio, una calle, un valle, una guerra, un taller no tienen "medio ambiente", se desenvuelven en un *mundo* poblado de presencias, de peligros, de amigos, de enemigos, de espacios de vida y espacios de muerte, de toda clase de seres. Este mundo tiene su consistencia, que varía en la intensidad y en la calidad de los vínculos que nos liga a todos esos seres, a todos esos lugares. No somos sino nosotros, hijos de la desposesión final, exiliados de última hora -que llegan al mundo en cubos de hormigón, cosechan los frutos de los supermercados y esperan los ecos del mundo en la televisión- los que tenemos un medio ambiente. No hay nadie, sino nosotros, para asistir a nuestro propio aniquilamiento como si se tratase de un simple cambio de clima. Para indignarse ante los últimos avances del desastre y engrosar pacientemente la enciclopedia.

Lo que está coagulado en el medio ambiente, es una explicación sobre el mundo basada en la *gestión*, es decir, en la extrañeza. Un informe sobre el mundo según el que no estamos hechos *del mismo modo* que el murmullo de los árboles, los olores de las frituras del edificio, el goteo del agua, el ruido de los patios de la escuela o el sudor en las tardes de verano, un relato del mundo por el que existo yo y mi medio ambiente, que me envuelve sin llegar a constituirme. Nos hemos convertido en vecinos de una reunión del consorcio planetario. No se puede imaginar un infierno más completo.

Ningún medio material ha merecido jamás el nombre de "medio ambiente", salvo, quizás, ahora la metrópolis. La voz computarizada de los anuncios sonoros, tranvía con un chillido tan del siglo XXI, luz azulada que reverbera como un fósforo gigante, peatones disfrazados de frustrados maniqués, rotación silenciosa de una cámara de videovigilancia, lúcido tintineo de los bornes del tren, de las cajas del supermercado, de los molinetes de la oficina,

ambiente electrónico de cybercafé, derroche de pantallas de plasma, de vías rápidas y de latex. Jamás el decorado prescindió tanto de las almas que lo atraviesan. Jamás el medio fue más *automático*. Jamás el contexto fue tan indiferente ni exigió a cambio, para sobrevivir, tan idéntica indiferencia. El *medio ambiente* no es, finalmente, más que esto: el relato del mundo propio de la metrópolis que se proyecta sobre todo lo que se le escapa.

La situación es la siguiente: se ha empleado a nuestros padres en destruir este mundo, ahora se quisiera hacernos trabajar en su reconstrucción y que ésta sea, para colmo, rentable. La mórbida excitación que anima actualmente a periodistas y publicistas ante cada noticia que demuestre el calentamiento climático, devela la sonrisa de acero del nuevo capitalismo verde, el que se pronosticaba desde los años 70, el que aguardaba a la vuelta del camino y que no llegaba. Pues bien, ¡aquí está! La ecología, ¡es él! Las soluciones alternativas, ¡también son él! La salud del planeta, ¡siempre es él! Sin ninguna duda: el fondo del aire es verde; el medio ambiente será el eje de la economía política del siglo XXI. A cada episodio de catastrofismo corresponde desde ahora una ráfaga de "soluciones industriales".

El inventor de la bomba H, Edward Teller, recomienda la pulverización de millones de toneladas de polvo metálico en la estratosfera para detener el calentamiento climático. La NASA, frustrada por haber tenido que guardar su gran idea del escudo antimisiles en el museo de fantasmagorías de la guerra fría, promete colocar, más allá de la órbita, un espejo gigante para protegernos de los, desde ahora, funestos rayos del sol. Otra visión del porvenir: una humanidad motorizada, conduciendo con bioetanol desde Sao Paulo a Estocolmo; el sueño de un cerealista de Beauce, que después de todo no implica más que la reconversión de *todas* las tierras cultivables del planeta en campos de soja y de remolacha

azucarera. Automóviles ecológicos, energías limpias, consulting medioambiental coexistiendo sin problemas con la última publicidad de Chanel a lo largo de las heladas páginas de las revistas de opinión.

Es que el medio ambiente posee este incomparable mérito de ser, según dicen, el primer *problema global* que se presenta a la humanidad. Un *problema global*, es decir, un problema al que sólo pueden dar solución los que están globalmente organizados. A esos ya los conocemos. Son los grupos que, tras casi un siglo, están a la vanguardia del desastre y cuentan con seguir ahí, al mínimo precio de un cambio de logo. Que EDF³¹ tenga la desvergüenza de volver a presentarnos su programa nuclear como *nueva solución* a la crisis energética mundial, dice bastante de cuánto se parecen las nuevas soluciones a los viejos problemas.

Desde las secretarías de Estado hasta los reservados de los cafés alternativos, las preocupaciones se dicen desde ahora con las mismas palabras, que son, por lo demás, las mismas de siempre. Se trata de *movilizarse*. No para la reconstrucción, como en la postguerra, no por los etíopes, como en los años 80, no por el empleo, como en los años 90. No, esta vez es por el medio ambiente. Él les da las gracias. Al Gore, la ecología a lo Hulot y el decrecimiento se colocan a los lados de las eternas grandes conciencias de la República para representar su papel reanimador de la pequeña comunidad de izquierdas y del consabido idealismo de la juventud. Enarbolando la austeridad voluntaria, trabajan benéficamente para que estemos conformes con el "estado de urgencia ecológica que viene". La masa redonda y pegajosa de su culpabilidad golpea sobre nuestras fatigadas espaldas, y quisiera empujarnos a cultivar nuestro jardín, a seleccionar nuestra basura, a fabricar bio-abono con los restos del macabro festín en el que, y por el cual, hemos sido infantilizados.

31 Electricidad De Francia.

Gestionar la salida de la energía nuclear, los excedentes de CO2 en la atmósfera, el deshielo de los polos, los huracanes, las epidemias, la superpoblación mundial, la erosión de los suelos, la desaparición masiva de las especies vivas... ésta sería nuestra carga. "Es a cada cual a quien corresponde cambiar sus comportamientos", dicen, si queremos salvar nuestro hermoso modelo civilizatorio. Es necesario consumir poco *para poder consumir todavía*. Producir bio *para poder producir aún*. Es necesario aguantarse *para poder aguantar todavía*. He aquí como la lógica de un mundo espera sobrevivir dándose aires de ruptura histórica. He aquí como se nos querría convencer para participar en los grandes desafíos industriales del siglo que comienza. Como estúpidos que somos, estaríamos dispuestos a comer de la mano de aquellos que han presidido el saqueo, para que nos saquen de esto.

La ecología no sólo es la lógica de la economía total, es también la nueva moral del Capital. El estado de crisis interna del sistema y el rigor de la selección en curso son tales que se necesita un nuevo criterio en cuyo nombre tomar decisiones parecidas. La idea de virtud nunca ha sido, en cada época, sino una invención del vicio. No sería posible, sin la ecología, justificar la existencia actual de dos redes de alimentación, una "sana y biológica" para los ricos y sus hijos, otra notablemente tóxica para la plebe y sus retoños, destinados a la obesidad. La hiperburguesía planetaria no sabría hacer pasar por respetable su tren de vida si sus últimos caprichos no fuesen escrupulosamente "respetuosos del medio ambiente". Sin la ecología, nada tendría la suficiente autoridad para silenciar las objeciones a los exorbitantes progresos del control.

Rastreabilidad, transparencia, certificación, ecotasas, excelencia medioambiental, policía del agua, permiten augurar el estado de excepción ecológica que se anuncia. Todo le está permitido a un poder que se legitima en la Naturaleza, la salud y el bienestar.

"Una vez que la nueva cultura económica y comportamental se incorpore a las costumbres, las medidas coercitivas caerán *sin duda* por sí mismas." Es necesario todo el ridículo aplomo de un aventurero de estudio televisivo para sostener una perspectiva tan gélida y llamarnos, al mismo tiempo, a tener la suficiente "nostalgia del planeta" para movilizarnos y dejarnos suficientemente anestesiados, y así asistir a todo esto con cortesía y contención. El nuevo ascetismo bio es el *control de sí* que es exigido a todos para negociar la operación de salvataje a la que el sistema se ha conducido por sí mismo. Es en el nombre de la ecología en el que necesitaremos apretarnos el cinturón a partir de ahora, como ayer se hacía en el nombre de la economía. Las carreteras, seguramente, se podrían transformar en ciclovías, puede que incluso nosotros pudiéramos, según nuestras capacidades, ser gratificados un día con una renta garantizada, pero sólo al precio de una existencia terapéutica. Los que pretenden que el autocontrol generalizado nos ahorrará tener que soportar una dictadura medioambiental mienten: uno preparará el terreno de la otra y nosotros tendremos los dos.

Mientras existan el Hombre y el Medio Ambiente habrá policía entre ellos.

Hay que dar vuelta los discursos ecológicos. Donde hablan de "catástrofes" para designar los patinazos del actual régimen de gestión de los seres y las cosas, nosotros no vemos sino la catástrofe de su funcionamiento tan perfecto. La mayor hambruna conocida hasta entonces en la zona tropical (1876-1879) coincide con una sequía mundial, pero sobre todo con el apogeo de la colonización. La destrucción de los mundos campesinos y de sus prácticas alimenticias hizo desaparecer los medios para hacer frente a la penuria. Más que la falta de agua, son los efectos de la economía colonial en plena expansión los que han cubierto de millones de cadáve-

res descarnados toda la superficie tropical. Lo que se presenta por doquier como una catástrofe ecológica nunca ha dejado de ser, en primer lugar, la manifestación de una desastrosa relación con el mundo. No habitar nada nos hace vulnerables al menor bache del sistema, al menor imprevisto climático. Mientras se aproximaba el último tsunami los turistas seguían jugueteando con las olas, mientras los cazadores-recolectores de las islas se apresuraban a huir de las costas siguiendo a los pájaros. La presente paradoja de la ecología es que, bajo el pretexto de salvar la Tierra, no salva más que el fundamento de lo que ha dejado desolado este planeta.

La regularidad del funcionamiento mundial oculta, entretanto, nuestro estado de desposesión propiamente catastrófico. Lo que se llama "catástrofe" no es más que la suspensión forzada de este estado, uno de esos raros momentos en los que recuperamos alguna presencia en el mundo. ¡Que se alcance antes de lo previsto el final de las reservas de petróleo, que se interrumpan los flujos internacionales que mantienen el tempo de la metrópolis, que se camine hacia grandes desórdenes sociales, que suceda el "salvajismo de las poblaciones", la "amenaza planetaria", el "fin de la civilización"! Cualquier pérdida de control es preferible a todos los escenarios de gestión de la crisis. Lo más aconsejable, entonces, no es buscar los consejos del lado de los especialistas en desarrollo sostenible. Es en las disfunciones, en los cortocircuitos del sistema donde aparecen los elementos de respuesta lógica a lo que podría dejar de ser un problema. Entre los firmantes del protocolo de Kyoto, los únicos países que actualmente cumplen sus compromisos son, a regañadientes, Ucrania y Rumania. Adivinen por qué. La experimentación más avanzada hecha a escala mundial en agricultura "biológica" se hace desde 1989 en la isla de Cuba. Adivinen por qué. Es a lo largo de las carreteras africanas donde se ha elevado la mecánica automovilística a la categoría de arte popular. Adivinen cómo.

Lo que hace deseable la crisis es que en ella el medio ambiente deja de ser el medio ambiente. Somos conducidos a reanudar un contacto, aunque sea fatal, con lo que está ahí, a reencontrar los ritmos de la realidad. Lo que nos rodea no sólo es paisaje, panorama, teatro, sino eso que nos es dado habitar, con lo que nos debemos componer y de lo que podemos aprender. No nos dejemos robar por quienes han causado los posibles contenidos de la "catástrofe". Allí donde los gestores se preguntan platónicamente cómo cambiar radicalmente "sin barajar y dar de nuevo", nosotros no vemos otra opción realista que la de "barajar y dar de nuevo" lo antes posible, y tomar partido, entonces, en cada derrumbe del sistema para ganar en fuerza.

Nueva Orleans unos días después del paso del huracán Katrina. En esta atmósfera de apocalipsis, una vida, aquí y allá, se reorganiza. Ante la inacción de los poderes públicos, más ocupados en limpiar las zonas turísticas del "Barrio francés" y en proteger los comercios, que en acudir en ayuda de los habitantes pobres de la ciudad, renacen las formas olvidadas. Pese a las tentativas, en ocasiones autoritarias, de obligar a abandonar la zona, pese a las partidas de "caza al negro" abiertas para la ocasión por las milicias suprematistas, muchos no han querido abandonar el terreno. Para ellos, que se han negado a ser deportados como "refugiados medioambientales" por las cuatro esquinas del país y para los que, un poco en todas partes, han decidido unirse a ellos en solidaridad con la llamada de un antiguo Pantera Negra, resurgió la evidencia de la autoorganización. En el espacio de algunas semanas se puso en pie la Common Ground Clinic. Este auténtico hospital de campaña dispensa desde los primeros días cuidados gratuitos y con cada vez mejores prestaciones gracias a la incesante llegada de voluntarios. Desde hace un año hasta ahora, la clínica es la base de una resistencia cotidiana a la operación de hacer tabla rasa ejecutada por los bulldozers del gobierno para convertir esta parte de la

ciudad en pasto de los promotores inmobiliarios. Cocinas populares, abastecimiento, medicina callejera, movilizaciones salvajes, construcción de viviendas de urgencia: todo un saber práctico acumulado por unos y otros a lo largo de la vida ha encontrado aquí el espacio para desplegarse. Lejos de los uniformes y de las sirenas.

Quien conoció la despojada alegría de los barrios de Nueva Orleans antes de la catástrofe, la desconfianza frente al Estado que reinaba y la práctica masiva de arreglárselas que existían, no se habrá sorprendido de que todo esto haya sucedido. Quien, por oposición, se encuentra atrapado en la anemia cotidiana y atomizada de nuestros desiertos residenciales, podrá dudar que se encuentre tanta determinación. Reencontrarse con estos gestos sepultados por años de vida normalizada es, por tanto, el único camino practicable para no hundirse con este mundo. Y que venga un tiempo del que nos enamoremos.

Séptimo círculo

"Aquí se construye un espacio civilizado"

La primera carnicería mundial, la que de 1914 a 1918 permitió deshacerse de un solo golpe de una gran parte del proletariado de campos y ciudades, fue conducida en el nombre de la libertad, de la democracia y de la civilización. Es, en apariencia, en nombre de esos mismos valores que desde hace cinco años se perpetra la famosa "guerra contra el terrorismo", con asesinatos planificados en operaciones especiales. El paralelismo se detiene aquí: en las apariencias. La civilización no es más esa evidencia que se traslada a los indígenas así como así. La libertad ya no es esa palabra que se escribe en los muros, acompañada como está, como su sombra desde ahora, por la de "seguridad". Y la democracia está notoriamente disuelta en las puras leyes de excepción -por ejemplo, en el restablecimiento oficial de la tortura en los Estados Unidos o en la ley Perben II en Francia.

En un siglo, la libertad, la democracia y la civilización han sido devueltas al estado de hipótesis. En adelante, todo el trabajo de los dirigentes consiste en preservar las condiciones materiales y morales, simbólicas y sociales, en las que estas hipótesis sean aceptablemente válidas, en configurar espacios donde parezca que pueden funcionar. Todos los medios valen para este fin, incluidos los menos democráticos, los menos civilizados, los más policiales. Es que en un siglo, la democracia ha posibilitado regularmente la aparición de los regímenes fascistas, la civilización no ha dejado de rimar, en aires de Wagner o de Iron Maiden, con exterminación;

y la libertad ha asumido, un día de 1929, la doble cara de un banquero que se arroja por la ventana y de una familia de obreros que se muere de hambre. Desde entonces se convino -decimos: desde 1945- que la manipulación de las masas, la actividad de los servicios secretos, la restricción de las libertades públicas y la completa soberanía de las diferentes policías eran parte de las medidas adecuadas para asegurar la democracia, la libertad y la civilización. En el último estado de esta evolución, llega el primer alcalde socialista de París, quien aporta el último impulso con la pacificación urbana, con la planificación policial de un barrio popular, y que se expresa con palabras cuidadosamente calibradas: "Aquí se construye un espacio civilizado". No hay nada de eso que repetir, hay que destruirlo todo.

Bajo sus aires de generalidad, esta cuestión de la civilización no tiene nada de filosófica. Una civilización no es una abstracción que domina la vida. Es más bien lo que rige, inviste, coloniza la existencia más cotidiana, la más personal. Es lo que mantiene unidas la dimensión más íntima y la más general. En Francia, la civilización es inseparable del Estado. Cuanto más fuerte y antiguo es un Estado, menos es una superestructura, el esqueleto exterior de una sociedad, y más es, de hecho, la forma de las subjetividades que lo pueblan. El Estado francés es el entramado mismo de las subjetividades francesas, el aspecto que ha tomado la multiseccular castración de sus sujetos. No hay que sorprenderse, en vista de esto, de que en los hospitales psiquiátricos se delire el mundo a partir de las figuras políticas, que esto nos haga ver en nuestros dirigentes el origen de todos nuestros males, que guste tanto protestar contra ellos y que esta manera de protestar sea la aclamación por la que los entronizamos como nuestros maestros. Porque aquí ya no preocupa la política como una realidad ajena, sino como parte de uno mismo. La vida que otorgamos a estas figuras es la misma que nos ha sido arrebatada.

Si hay una excepción francesa, deriva de ahí. No hay nada, ni siquiera la proyección mundial de la literatura francesa, que no sea el producto de esta amputación. La literatura, en Francia, es el espacio que se ha acordado soberanamente para la diversión de los castrados. Es la libertad formal que se ha concedido a los que no se acostumbran a la nulidad de su libertad real. De aquí los guiños obscenos que no cesan de dirigirse desde hace siglos, en este país, hombres de Estado y hombres de letras, unos tomando prestado con mucho gusto el ropaje de los otros, y viceversa. También, de aquí, que los intelectuales tuvieran la costumbre de hablar tan alto cuando son tan pequeños y de fallar siempre en el momento decisivo, el único que hubiera dado sentido a su existencia, aunque también les hubiese condenado al destierro profesional.

Es una tesis defendida y defendible que la literatura moderna nace con Baudelaire, Heine y Flaubert como consecuencia de la masacre de Estado de junio de 1848. Las modernas formas literarias -spleen, ambivalencia, fetichismo de la forma e indiferencia mórbida- nacen de la sangre de los insurgentes parisinos y contra el silencio que rodea la matanza. La afección neurótica que los franceses profesan por su República -aquella en cuyo nombre todo error encuentra su dignidad y cualquier abyección su letra de nobleza- prolonga a cada instante el retroceso a los sacrificios fundacionales. Las jornadas de junio de 1848 -mil quinientos muertos durante los combates, pero varios miles de ejecuciones sumarias de prisioneros, la Asamblea que acoge la rendición de la última barricada al grito de "¡Viva la República!"- y la Semana sangrienta son las marcas de nacimiento que ninguna cirugía puede quitar.

Kojève escribía en 1945: "El ideal político 'oficial' de Francia y de los franceses es hoy todavía el del Estado-nación, el de la 'República una e indivisible'. Por otra parte, en lo profundo de su alma, el país se da cuenta de lo insuficiente de este ideal, del

anacronismo político de la idea estrictamente `nacional`. Desde luego, este sentimiento todavía no ha alcanzado el nivel de una idea clara y distinta: el país ni puede ni quiere formularla abiertamente. Es, por cierto, que por el brillo sin par de su pasado *nacional*, para Francia es particularmente difícil reconocer con claridad y aceptar francamente el hecho del final del período `nacional` de la Historia y sacar de eso todas las conclusiones. Es duro para un país que ha creado todas las piezas de la armadura ideológica del nacionalismo y que lo ha exportado al mundo entero, reconocer que, en adelante, no se trata más que de una pieza para clasificar en los archivos históricos".

La cuestión del Estado-nación, y de su duelo, conforma el corazón de lo que es preciso llamar, desde hace medio siglo, *el malestar francés*. Se denomina educadamente "alternancia" a esta moratoria tetanizada, esta manera de desplazarse pendularmente de izquierda a derecha, y después de derecha a izquierda, como la fase maníaca sigue a la fase depresiva y prepara la siguiente, como cohabitan en Francia la oratoria más crítica del individualismo y el cinismo más salvaje, la mayor generosidad y el temor a las masas. Desde 1945, este malestar, que sólo pareció disiparse en mayo del 68 con su fervor insurreccional, no ha dejado de hacerse más profundo. La era de los Estados, de las naciones y sus repúblicas se clausura; el país que ha sacrificado todo lo que tenía de vivaz queda aturdido. En la deflagración que ha causado la simple frase de Jospin "el Estado no puede con todo", se adivina que tarde o temprano, se producirá la revelación de que ya no puede más nada. Este sentimiento de haber sido engañado no cesa de crecer y de gangrenarse. Crea la rabia latente que excede cualquier propósito. El luto que no se ha hecho por la era de las naciones es la clave del anacronismo francés, y de las posibilidades revolucionarias que mantiene en la reserva.

Cualquiera que sea el resultado, el papel de las próximas elecciones presidenciales es el de señalar el fin de las ilusiones francesas, hacer estallar la burbuja histórica en la que vivimos y que vuelve posible *acontecimientos* como este movimiento contra el CPE al que se ve desde el extranjero como un mal sueño escapado de los años 70. En el fondo, es porque nadie quiere estas elecciones. Francia es la linterna *roja*³² de la zona occidental.

El Occidente, hoy en día, es un Marine que se lanza sobre Faluya a bordo de un carro Abraham M1 escuchando rock duro a todo volumen. Es un turista perdido en medio de las estepas de Mongolia, burla de todos, estrechando su tarjeta de crédito como única tabla de salvación. Es un ejecutivo que sólo cree en el juego del Go. Es una muchacha que busca su felicidad entre los vestidos, los hombres y las cremas hidratantes. Es un militante suizo de los derechos humanos que recorre los últimos rincones del planeta, solidario con todas las causas si está seguro que ya están perdidas. Es un español que se caga en la libertad política desde que se le ha garantizado la libertad sexual. Es un aficionado al arte que ofrece a la desconcertada admiración, y como última expresión del genio moderno, un siglo de artistas que, del surrealismo al accionismo vienés, rivalizan sobre quién escupe más cerca de la cara de la civilización. Es, en fin, un cibernauta que ha encontrado en el budismo una teoría realista de la conciencia y un físico de partículas que ha ido a buscar a la metafísica hindú la inspiración para sus últimos trabajos.

Occidente es esa civilización que ha sobrevivido a todas las profecías sobre su derrumbe mediante una singular estratagema. Igual que la burguesía ha debido negarse a sí misma *en tanto que clase* para permitir el aburguesamiento de la sociedad, desde el obrero al barón. Igual que el capital ha debido sacrificarse *como relación*

32 El último en una carrera de ciclismo.

salarial para imponerse como relación social, convirtiéndose así en capital cultural y capital salud al tiempo que capital financiero. Igual que el cristianismo se ha debido sacrificar como religión para sobrevivir como estructura afectiva, como prescripción difusa a la humildad, a la compasión y a la impotencia, *Occidente se ha sacrificado como civilización particular para imponerse como cultura universal*. La operación se resume así: una entidad agonizante se sacrifica como contenido para sobrevivir como forma.

El fragmentado individuo se salva como forma gracias a las tecnologías "espirituales" de autoayuda. El patriarcado, cargando a las mujeres con todos los atributos penosos del macho: voluntad, control de sí, insensibilidad. La sociedad desintegrada, propagando una epidemia de sociabilidad y divertimento. Así son las grandes ficciones caducas de Occidente, que se mantienen gracias a artificios que las desmienten punto por punto.

No hay "choque de civilizaciones". Lo que hay es una civilización en estado de muerte clínica, sobre la que se despliega un equipo de supervivencia artificial y que extiende una pestilencia característica por la atmósfera planetaria. En este punto, no hay uno solo de sus "valores" en los que todavía pueda creer de algún modo y cualquier afirmación le produce el efecto de un acto impúdico, de una provocación que conviene despedazar, *deconstruir* y reducir al estado de duda. El imperialismo occidental, en la actualidad, es el del relativismo, del "es tu punto de vista", es la miradita curiosa o la protesta ofendida contra todo lo que sea suficientemente estúpido, suficientemente primitivo o lo bastante vanidoso para creer todavía en algo, para afirmar lo que sea. Es este dogmatismo del cuestionamiento que guiña cómplice el ojo a la inteligencia universitaria y literaria. Ninguna crítica es lo suficientemente radical para las inteligencias postmodernas, mientras encierre la nulidad de una certeza. El escándalo, hace un siglo, residía en cualquier

negación un poco ruidosa, hoy reside en cualquier afirmación que no dude.

Ningún orden social puede fundarse duraderamente sobre el principio de que nada es verdad. Por eso, es necesario *sostenerlo*. En nuestros días, la aplicación a cualquier cosa del concepto de "seguridad" expresa este proyecto de integrar en los seres mismos, en las conductas y en los lugares el orden ideal al que estos no están dispuestos a someterse. "Nada es verdad" no dice nada del mundo, pero lo dice todo del concepto occidental de verdad. La verdad, aquí, no se concibe como un atributo de los seres o de las cosas, sino de su representación. Se tiene por verdad una representación conforme a la experiencia. La ciencia es el último resorte de este imperio de verificación universal. Ahora bien, las conductas humanas, desde las más ordinarias hasta las más sabias, reposan sobre una base de evidencias desigualmente formuladas: todas las prácticas parten de un punto en el que cosas y representaciones están unidas indistintamente, lo que introduce en cualquier vida una dosis de verdad que ignora el concepto occidental. Si se puede hablar, aquí, de "gente de verdad" es para burlarse invariablemente de los pobres de espíritu. De ahí que los occidentales son universalmente considerados mentirosos e hipócritas por aquellos que fueron colonizados por ellos. De ahí que se les envidie lo que *tienen*, su avance tecnológico, pero jamás lo que *son*, que merecidamente se desprecia. No se podría enseñar en los colegios a Sade, Nietzsche y Artaud si no se hubiera descalificado de antemano esta noción de verdad. Contener sin fin todas las afirmaciones, desactivar paso a paso todas las certezas que fatalmente llegan a hacerse visibles, éste es el largo trabajo de la inteligencia occidental. La policía y la filosofía son dos medios convergentes aunque formalmente distintos.

Bien entendido, el imperialismo del relativista encuentra en cualquier dogmatismo vacío, en cualquier marxismo-leninismo, en cualquier salafismo, en cualquier neonazismo, un adversario a su medida: alguien que, como los occidentales, confunda afirmación y provocación.

En este estadio, una contestación estrictamente social, que se rehúse a ver que a lo que nos enfrentamos no es a la crisis de una sociedad sino la extinción de una civilización, se rinde, entonces, cómplice con su perpetuación. Es incluso una estrategia corriente, a partir de ahora, criticar esta sociedad con la vana esperanza de salvar esta civilización.

Voilà. Tenemos un cadáver cargado en la espalda, pero así no nos desharemos de él. Nada hay que esperar del fin de la civilización, de su muerte clínica. Así, no puede interesar más que a los historiadores. Es un *hecho*, es necesario tomar una *decisión*. Los hechos son escamoteables, la decisión es política. Decidir la muerte de la civilización, tomar en nuestras manos *cómo* llega: sólo la decisión nos liberará del cadáver.

¡En marcha!

No vemos por dónde empieza una insurrección. Sesenta años de pacificación, de suspensión de los cambios históricos, sesenta años de anestesia democrática y de gestión de los acontecimientos han debilitado en nosotros una cierta percepción súbita de lo real, el sentido partisano de la guerra en curso. Para empezar, es esta percepción la que hay que recuperar.

No hay que *indignarse* por el hecho de que desde hace cinco años se aplique una ley tan notablemente anticonstitucional como la ley sobre la Seguridad cotidiana³³. Es inútil protestar legalmente contra la implosión consumada del marco legal. Hay que organizarse en consecuencia.

No hay que *comprometerse* en tal o cual colectivo ciudadano, en este o aquel callejón sin salida de la extrema izquierda, en la última impostura asociativa. Todas las organizaciones que pretenden oponerse al orden actual contienen en sí mismas, como los fantoches, la forma, las costumbres y el lenguaje de un Estado en miniatura. Todas las veleidades de "hacer política de otra forma" nunca han contribuido, hasta hoy, más que a la extensión indefinida de los seudópodos estatales.

No hay que *reaccionar* a las noticias diarias, sino comprender cada información como una operación que descifrar en un campo hostil de estrategias, operación concerniente a suscitar en este o aquel, tal o cual tipo de reacción; y detenerse en esta operación

33 Implica un avance de la policía científica, un control mayor sobre los jóvenes de los suburbios, y un paquete de medidas "antiterroristas"

para conocer la información veraz que está contenida en la información aparente.

No hay que *esperar* más -una claridad, la revolución, el apocalipsis nuclear o un movimiento social. Seguir esperando es una locura. La catástrofe no es lo que viene sino lo que ya está aquí. De ahora en adelante nos situamos *en* el movimiento del derrumbe de una civilización. Es aquí que hay que tomar partido.

No esperar más, es, de una u otra manera, entrar en la lógica insurreccional. Es escuchar de nuevo, en la voz de nuestros gobernantes, el ligero temblor del terror que nunca los abandona. Pues gobernar nunca fue otra cosa que aplazar con mil subterfugios el momento en el que el pueblo los colgará, y todo acto de gobierno no es más que un modo de no perder el control de la población.

Partimos de un punto de aislamiento extremo, de extrema impotencia. Todo está construyendo un proceso insurreccional. Nada parece menos probable que una insurrección, pero nada es más necesario.

Encontrarse

Unirse en aquello que se intuye como verdad.

Partir de ahí

Un reencuentro, un descubrimiento, un vasto movimiento de huelga, un terremoto: cualquier acontecimiento produce verdad, alterando nuestra manera de estar en el mundo. Por el contrario, una constante que nos resulta indiferente, que nos deja iguales, que no compromete a nada, no merece el nombre de verdad. Hay una verdad subyacente a cada gesto, a cada práctica, a cada relación, a cada situación. La costumbre de eludirla, de *gestionarla*, es lo que produce el extravío característico en la mayoría de las personas de esta época. De hecho, todo se implica con todo. El sentimiento de vivir en la mentira es todavía una verdad. Se trata de no perderlo, incluso de partir de él. Una verdad no es una visión del mundo, sino lo que nos mantiene unidos a él de modo irreductible. Una verdad no es una cosa que se tiene, sino algo que nos sostiene. Me hace y me deshace, me constituye y me destituye como individuo, me aleja de muchos y me emparenta con los que la comparten.

El ser aislado que se atiene a eso, se encuentra fatalmente con algunos de sus semejantes. De hecho, cualquier proceso insurreccional parte de una verdad de la que no se cede. Se ha visto en Hamburgo, en los años '80, en los que un puñado de habitantes de una casa ocupada deciden que, en adelante, será necesario pasar sobre su cadáver para expulsarlos. Fue un barrio asediado por

tanques y helicópteros, por días de lucha callejera, por grandes manifestaciones -y un ayuntamiento que, finalmente, capituló. Georges Guingouin, el "primer guerrillero de Francia", no tuvo en 1940 otro punto de partida que la certeza de su rechazo a la ocupación. Para el Partido Comunista no era entonces más que un "loco que vivía en el bosque"; hasta que fueron veinte mil los locos que vivían en el bosque, y liberaron Limoges.

No retroceder ante lo que toda amistad conlleva de político.

Se nos ha acostumbrado a una idea neutra de la amistad, como puro afecto sin consecuencia. Pero cualquier afinidad es afinidad *en* una verdad común. Cualquier encuentro es encuentro *en* una afirmación común, aunque sea ésta la destrucción. Uno no se compromete inocentemente en una época en la que cumplir con algo y no destrozarlo conduce habitualmente a la desocupación, en la que es necesario mentir para trabajar, y trabajar, a continuación, para conservar la capacidad de mentir. Seres que, partiendo de la física cuántica, se juraran sacar todas las conclusiones en cualquier campo, no se estarían uniendo de un modo menos político que los compañeros que llevan adelante una lucha contra una multinacional agroalimentaria. Serían llevados, tarde o temprano, a la deserción y al combate.

Los iniciadores del movimiento obrero tenían el taller y luego la fábrica para encontrarse. Tenían la huelga para saber quiénes eran de los suyos y desenmascarar a los carneros. Tenían la relación salarial, que enfrentaba las posturas del partido del Capital y del partido del Trabajo, para dibujar solidaridades y frentes a escala mundial. Nosotros tenemos la totalidad del espacio social para encontrarnos. Tenemos las prácticas cotidianas de insumisión para saber quiénes somos y desenmascarar a los carneros. Tenemos la

hostilidad a esta civilización para delinear solidaridades y frentes a escala mundial.

*No esperar nada de las organizaciones.
Desconfiar de todos los ámbitos existentes,
y principalmente, de devenir uno.*

No es extraño que se crucen, a lo largo de una desafiación consecuente, las organizaciones -políticas, sindicales, humanitarias, asociativas, etcétera. Sucede que aquí se encuentran algunos seres sinceros pero desesperados, o entusiastas pero astutos. La atracción de las organizaciones reside en su aparente consistencia -tienen una historia, una sede, un nombre, los medios, un jefe, una estrategia y un discurso. En ellas no hay más que construcciones vacías, que intentan poblar lastimosamente con el debido respeto a sus heroicos orígenes. En cada cosa como en cada uno de sus escalafones, es en primer lugar de su supervivencia como organizaciones de lo que se ocupan, y de nada más. Sus repetidas traiciones les han así enajenado, muy a menudo, la adhesión de sus bases. Y es así que a veces se encuentran en ellas algunos seres inestimables. Pero la promesa que contiene ese encuentro no se podrá realizar más que fuera de la organización y, necesariamente, contra ella.

Mucho más temibles son los *ámbitos*, con su textura flexible, sus chismes y sus jerarquías informales. Todos los ámbitos son algo a rehuir. Cada uno está encargado de neutralizar una verdad. Los ámbitos literarios están ahí para acallar la evidencia de los escritos; los ámbitos libertarios, la acción directa. Los ámbitos científicos, para retener las implicancias actuales de sus investigaciones para la mayoría de la gente. Los ámbitos deportivos para contener en sus gimnasios las diferentes formas de vida que deberían engendrar

las diferentes formas de deporte. Particularmente evitables son los ámbitos culturales y los ámbitos militantes. Son los dos asilos en que tradicionalmente vienen a parar todos los deseos de revolución. La función de los ámbitos culturales es la de hacer notar las intensidades nacientes y de sustraerte, al exponerlo, el sentido de lo que hacés; la función de los medios militantes es la de sustraerle a uno la energía para hacerlo. Los ámbitos militantes extienden su difuso tejido sobre la totalidad del territorio francés, nos los topamos en el camino de todo devenir revolucionario. Sólo son portadores del número de sus fracasos y del resentimiento que conllevan. Su usura, como su excesiva impotencia, los han hecho incapaces de atrapar las posibilidades del presente. Se habla demasiado, además, a fin de llenar una pasividad desgraciada; y esto los vuelve, policialmente, poco confiables. Como es inútil esperar algo de ellos, es estúpido decepcionarse por su esclerosis. Basta abandonarlos en su pinchadura.

Todos los ámbitos son contrarrevolucionarios, porque su única tarea es defender su maldito confort.

Constituirse en comunas

La comuna es lo que pasa cuando los seres se encuentran, se entienden y deciden caminar juntos. La comuna puede ser lo que se decide en el momento en que sería usual separarse. Es la alegría del encuentro que sobrevive al agobio de rigor. Es lo que hace que se diga "nosotros" y que sea un acontecimiento. Lo que es extraño no es que seres que concuerdan formen una comuna, sino que permanezcan separados. ¿Por qué las comunas no se multiplicarían hasta el infinito? En cada fábrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Finalmente, el reino de los comités de base! Pero comunas que aceptaran ser lo que son allí donde lo son. Y si es posible,

una multiplicidad de comunas que sustituyeran a las instituciones sociales: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc. Comunas que no teman, más allá de sus actividades propiamente políticas, organizarse para la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y de todos los extraviados que las rodean. Comunas que no se definieren -como hacen generalmente los colectivos- por un adentro y un afuera, sino por la densidad de los lazos en su seno. No por las personas que las compongan, sino por el espíritu que las anima.

Una comuna se forma cada vez que algunos, liberados de la camisa de fuerza individual, se comprometen a no contar más que con ellos mismos y a ajustar su fuerza a la realidad. Cualquier huelga salvaje es una comuna, cualquier casa colectivamente ocupada fundada en motivos claros es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas como lo eran las aldeas de esclavos negros en Estados Unidos o radio Alice, en Boloña, en 1977. Toda comuna quiere ser su propia base. Quiere disolver la cuestión de las necesidades. Quiere romper, al tiempo que cualquier dependencia económica, cualquier sujeción política, y degenera en ámbito desde que pierde el contacto con las verdades que la fundan. Existen todas clase de comunas, que no esperan ni a las mayorías, ni los recursos, ni menos todavía el "buen momento", que nunca llega, para organizarse.

Organizarse

Organizarse para no tener que trabajar

Los trabajos fáciles y bien pagos se vuelven escasos, y a decir verdad, es muy frecuente perder demasiado tiempo y encima acabar por aburrirse en ellos. Se distinguen, además, por pobres condiciones de siesta y de lectura.

Se sabe que el individuo existe tan poco que debe *ganarse la vida*, que debe cambiar su tiempo por un poco de existencia social. Tiempo personal por existencia social: este es el trabajo, este es el mercado. El tiempo de la comuna escapa de entrada al trabajo, no entra en ese contienda, preferirá otras. Grupos de piqueteros argentinos consiguen colectivamente planes sociales con contraprestación de algunas horas de trabajo; no hacen estas horas, comparten sus ganancias, y se dotan de talleres de confección, de panadería, y ponen en marcha las huertas que necesitan.

Hay que ir a conseguir dinero para la comuna, de ningún modo ganarse la vida. Todas las comunas tienen cajas en negro. Las estrategias son múltiples. Además de los planes sociales, existen los subsidios, las licencias por enfermedad, las becas de estudios acumuladas, las prebendas obtenidas por los partos ficticios, cualquier tráfico y muchos otros medios que nacen en cada mutación del control. No somos nosotros quienes van a defenderlas, y tampoco vamos a instalarnos en su refugio, o a mantenerlas como un privilegio de iniciados. Lo que es importante cultivar, difundir, es esta necesaria disposición al fraude, y a compartir las innovacio-

nes. Para las comunas, la cuestión del trabajo sólo se plantea en función de los demás ingresos existentes. No es necesario dejar de lado que el ejercicio de algunos trabajos, oficios o ciertos puestos estratégicos nos procuran conocimientos útiles.

La exigencia de la comuna es la de liberar para todos el mayor tiempo posible. Exigencia computable no solamente, no esencialmente, en *número de horas* liberadas de cualquier explotación salarial. El tiempo liberado no nos da vacaciones. El tiempo ocioso, el tiempo muerto, el tiempo del vacío y del miedo al vacío, es el tiempo del trabajo. En adelante no habrá un tiempo que *llenar*, sino una liberación de energía que ningún "tiempo" contiene; líneas que se dibujjan, que se acentúan, que podemos prolongar en la calma, hasta el límite, hasta verlas cruzarse con otras.

Saquear, cultivar, fabricar

Veteranos de Metaleurop se hacen ladrones antes que carceleros. Los empleados de EDF enseñan a sus amigos cómo trucar el medidor. El material "caído del camión" se revende sin dudar. Un mundo que se proclama tan abiertamente cínico no podía esperar ninguna lealtad de los proletarios.

Por un lado, una comuna no puede contar eternamente con el "Estado de bienestar", por otro no puede contar con vivir mucho tiempo del robo de productos, del recicle de los tachos de basura de los supermercados, o de noche en los depósitos de las zonas industriales; de la malversación de subvenciones, de las estafas a las aseguradoras y de otros fraudes, en fin: del saqueo. Debe preocuparse pues de incrementar permanentemente el nivel y la extensión de su auto-organización. Nada sería más lógico que los tornos, las fresadoras, las fotocopiadoras vendidas en rebajas al cie-

re de una fábrica sirvan para apoyar alguna conspiración contra la sociedad mercantil.

El sentimiento de la inminencia del derrumbe es en todas partes tan vivo hoy en día, como el esfuerzo por enumerar todos los experimentos en curso en materia de construcción, de energía, de materiales, de ilegalidad o de agricultura. Existe todo un conjunto de saberes y técnicas que sólo espera a ser saqueado y arrancado de su embalaje moralista, canalla o ecologista. Pero este conjunto no es aún más que una parte de las intuiciones, de las habilidades, del ingenio propio de las villas que necesitaremos desplegar si esperamos repoblar el desierto metropolitano, y asegurar la viabilidad de una insurrección a mediano plazo.

¿Cómo comunicarse y moverse en una interrupción total de los flujos? ¿Cómo restaurar las culturas campesinas en las zonas rurales, hasta que puedan soportar de nuevo las densidades de población que tenían hace sesenta años? ¿Cómo transformar los espacios hormigonados en huertos urbanos, como lo hizo Cuba para sobrevivir al embargo americano y a la liquidación de la URSS?

Formar y formarse

A nosotros, que tanto hemos utilizado las distracciones autorizadas por la democracia mercantil, ¿qué nos ha quedado? ¿Qué es lo que un día nos puso a hacer footing el domingo por la mañana? ¿Qué es lo que mantiene a todos esos fanáticos del karate, esos locos del bricolaje, de la pesca o de la micología? ¿Qué sino la necesidad de llenar una completa ociosidad, de recomponer su fuerza de trabajo o su "capital de salud"? La mayor parte de las diversiones podrían despojarse fácilmente de su carácter de absurdo, y convertirse en otra cosa que la mera distracción. El boxeo no siempre ha sido reservado para hacer demostraciones para la

Téléthon³⁴ o para dar un gran espectáculo. La China de principios del siglo XX, dividida por las hordas de colonos y hambrienta a causa de muchas sequías, vio a centenares de miles de campesinos pobres organizarse en torno a incontables clubes de boxeo al aire libre, para recuperar lo que los ricos y los colonos les habían expoliado. Fue la revuelta de los boxers. Nunca será muy temprano para aprender y practicar lo que tiempos menos pacificados, menos predecibles, van a requerirnos. Nuestra dependencia de la metrópolis -de su medicina, de su agricultura, de su policía- en el presente, es tal que no podemos atacarla sin ponernos en peligro. Es la conciencia no formulada de esta vulnerabilidad la que provoca la espontánea autolimitación de los actuales movimientos sociales, la que hace temer las crisis y desear la "seguridad". Debido a ella, las huelgas han trocado el horizonte de la revolución por el del retorno a la normalidad. Deshacerse de esta fatalidad nos llama a un largo y consistente proceso de aprendizaje, de múltiples, masivas experimentaciones. Se trata de saber pelear, abrir cerraduras, curar fracturas además de anginas, construir una emisora de radio pirata, montar comedores en la calle, apuntar con precisión, pero también reunir los saberes dispersos y constituir una agronomía de guerra, comprender la biología del plancton, la composición de los suelos, estudiar las asociaciones de plantas y recobrar, en fin, las intuiciones perdidas, todos los usos, todas las relaciones posibles con nuestro medio inmediato y sus límites, más allá de los cuales lo agotamos; hay que hacerlo desde hoy y para los días en los que lo necesitaremos para obtener algo más que una parte simbólica de nuestra alimentación y de nuestros cuidados.

34 Es un evento televisado que se realiza el 1 de diciembre de cada año, con fines benéficos.

Crear territorios. Multiplicar las zonas de opacidad

Hoy en día cada vez más reformistas coinciden en "la proximidad del *peak oil*", y en que "para reducir las emisiones de gas del efecto invernadero", se necesita "relocalizar la economía", favorecer el abastecimiento regional, los pequeños circuitos de distribución, renunciar a la facilidad de las importaciones lejanas, etc. Lo que olvidan es que la particularidad de todo aquello que se hace localmente en cuestiones de economía es que se hace *en negro*, de manera "informal"; que esta simple medida ecológica de relocalización de la economía implica nada menos que liberarse del control estatal, o someterse a él sin reservas.

El territorio actual es el producto de varios siglos de operaciones policiales. Se ha expulsado a la gente fuera de sus campos, después de las calles, después fuera de sus barrios y finalmente fuera de los patios de sus edificios, con la loca esperanza de contener cualquier vida entre las cuatro miserables paredes de la privacidad. La cuestión del territorio no se plantea para el Estado como para nosotros. No se trata de *poseerlo*. De lo que se trata es de densificar localmente las comunas, las circulaciones y las solidaridades hasta el punto de que el territorio se vuelva ilegible, opaco a cualquier autoridad. No es cuestión de ocupar, sino *de ser* el territorio.

Cada práctica hace existir un territorio -territorio del tráfico o de la caza, territorio de los juegos infantiles, amorosos o del motín, territorio del campesino, del ornitólogo o del paseante. La regla es sencilla: cuantos más territorios se superponen en una zona determinada, hay mayor circulación entre ellos y el poder encuentra menos posiciones. Bares, imprentas, gimnasios, solares, librerías de viejo, tejados de edificios, mercados improvisados, kebabs, garages, pueden escapar fácilmente a la vocación oficial con solo encontrar suficientes complicidades. La auto-organización local,

imponiendo su propia geografía a la cartografía estatal, la confunde, la anula; produce su propia secesión.

Viajar. Establecer nuestras propias vías de comunicación

El principio de las comunas no consiste en oponer la metrópolis y su movilidad al arraigo local y la lentitud. El movimiento expansivo de constitución de comunas debe adelantarse subterráneamente al de la metrópolis. No tenemos que rechazar las posibilidades de desplazamiento y de comunicación ofrecidas por las infraestructuras mercantiles, pero reconociendo sus límites. Para ello basta ser bastante prudentes, bastante anodinos. Visitarse es, por otro lado, más seguro, no deja huella y forja vínculos más consistentes que la mayor lista de contactos de Internet. El privilegio concedido a muchos de nosotros de poder "circular libremente" de una punta a otra del continente y sin demasiados problemas por el mundo entero, es un triunfo nada despreciable para comunicar los focos conspirativos. Es una de las gracias de la metrópolis que permita a americanos, griegos, mexicanos y alemanes encontrarse furtivamente en París, en el momento de una discusión estratégica.

El permanente movimiento entre las comunas amigas es de esas cosas que las protegen tanto del desecamiento como de la fatalidad de la renuncia. Acoger a los compañeros, mantenerse al tanto de sus iniciativas, meditar sus experiencias, incorporar las técnicas que ellos dominan, hace más por una comuna que los estériles exámenes de conciencia a puerta cerrada. Sería un error subestimar lo decisivo que puede elaborarse en una noche confrontando nuestras visiones sobre la guerra en curso.

Derribar, poco a poco, todos los obstáculos

Como es sabido, las calles desbordan incivildades. Entre lo que son realmente y lo que podrían ser está la fuerza centrípeta de cualquier policía, que se esfuerza por restablecer el orden; y enfrente estamos nosotros, es decir: el movimiento opuesto, centrífugo. No podemos sino alegrarnos del arrebató y el desorden, por donde quiera que surjan. No hay nada de sorprendente en que las fiestas nacionales, que nada festejan, terminen, en adelante, sistemáticamente mal. Rutilante o destrozado, el mobiliario urbano -pero ¿dónde comienza? ¿dónde termina?- materializa nuestro despojo común. Perseverante en su nada, no pide sino volver ahí de una vez y para siempre. Contemplamos lo que nos rodea: todo espera su momento, la metrópolis adquiere de golpe aires melancólicos, como sólo los tienen las ruinas.

Que devengan metódicas, que se sistematicen, y las incivildades confluirán en una guerrilla difusa, eficaz, que nos devolverá a nuestra ingobernabilidad, a nuestra indisciplina primordial. Es emocionante que entre las virtudes militares reconocidas al partisano figure precisamente la indisciplina. De hecho, nunca se deberían haber separado rabia y política. Sin la primera, la segunda se pierde en el discurso; y sin la segunda, la primera se agota en griteríos. Nunca es sin tiros de advertencia que palabras como "rabiosos" o "exaltados" resurgen en política.

Respecto al método, retenemos del sabotaje el siguiente principio: un mínimo riesgo en la acción, mínimo tiempo, máximos daños. Para la estrategia, se recordará que un obstáculo derribado, pero no desbordado -un espacio liberado, pero no habitado- es fácilmente reemplazado por otro obstáculo más resistente y menos atacable.

Es inútil extenderse sobre los tres tipos de sabotaje obrero: ralentizar el trabajo, del "tranquilo" al trabajo a reglamento; romper las

máquinas o entorpecer su marcha; divulgar los secretos de la empresa. Llevados a las dimensiones de la fábrica social, los principios del sabotaje se generalizan desde la producción a la circulación. La infraestructura técnica de la metrópolis es vulnerable: sus flujos no sólo consisten en el transporte de personas y mercancías, información y energía, circulan a través de redes de cables, de fibras y de cañerías, a las que es posible atacar. Sabotear con alguna consecuencia la máquina social implica hoy, reconquistar y reinventar los medios para interrumpir sus redes. ¿Cómo inutilizar una línea del TGV, una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, como interferir las emisiones de radio y convertir en nieve la pequeña pantalla?

En cuanto a los obstáculos serios, es erróneo tener por imposible cualquier destrucción. Lo que tiene de prometeico se resume en una verdadera apropiación del fuego, fuera de cualquier ciego voluntarismo. En el 356 A.C., Eróstrato quema el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. En nuestros tiempos de consumada decadencia, los templos no tienen más de imponente que la fúnebre verdad de que *ya son las ruinas*.

Destruir esta nada no es una tarea triste. Al hacerlo se encuentra ahí una nueva juventud. Todo adquiere sentido, todo se ordena repentinamente, espacio, tiempo, amistad. De toda rama se hace flecha, se le encuentra el uso -que no es sino ser la flecha. En la miseria de los tiempos, "romper todo" sirve como -no sin razón, es preciso admitirlo- la última seducción colectiva.

*Huir de la visibilidad. Regresar al anonimato
en posición ofensiva*

Durante una manifestación, una sindicalista arranca la máscara de un manifestante anónimo, que acaba de romper una vidriera:

"Hacete cargo de lo que hacés en vez de esconderte." Ser visible, es estar al descubierto, es decir, antes que nada vulnerable. Cuando los izquierdistas de cualquier país no dejan de "visibilizar" su causa -la de los vagabundos, las mujeres, los indocumentados- con la esperanza de que sea tomada en cuenta, hacen exactamente lo contrario de lo que deberían. No hacerse visible sino ganar para nosotros la ventaja del anonimato al que hemos sido relegados y, por la conspiración, la acción nocturna o encapuchada, construir una inatacable posición atacante. El incendio de noviembre del 2005 ofrece el modelo. No líderes, no reivindicaciones, no organización, sino palabras, gestos, complicidades. No ser nadie socialmente no es una condición humillante, el origen de una trágica falta de reconocimiento -ser reconocido: ¿por quién?-, sino, al contrario, la condición de una máxima libertad de acción. No firmar las acciones, no ostentar más que siglas fantoches -todavía se recuerda la efímera BAFT (Brigade Anti-Flic des Tarterets)³⁵- es una manera de preservar esta libertad. Sin duda alguna constituir un sujeto "suburbio", que sería el autor de los "motines de noviembre de 2005", ha sido una de las primeras maniobras defensivas del régimen. Verles la jeta a los que *son alguien* en esta sociedad puede ayudar a comprender la alegría de no ser nadie.

Hay que rehuir la visibilidad. Pero una fuerza que se agrega en la sombra no puede esquivarla para siempre. Se trata de aplazar nuestra aparición como fuerza hasta el momento oportuno. Pues cuanto más tarde nos encuentra la visibilidad, más fuertes nos encuentra. Y una vez ingresados en la visibilidad, nuestro tiempo está contado. O estamos en disposición de pulverizar su reinado en breve plazo, o será ella quien nos aplaste sin demora.

35 Brigada anti-policía de un barrio del suburbio de París.

Organizar la autodefensa

Vivimos bajo ocupación, bajo ocupación policial. Las razzias de indocumentados en plena calle, los patrulleros de civil surcando las avenidas, la pacificación de los barrios de la metrópoli con técnicas forjadas en las colonias, las declamaciones del ministro del Interior contra las "bandas", dignas de la guerra de Argelia, nos lo recuerdan cotidianamente. Son suficientes motivos como para no dejarse atropellar, como para alistarse en la autodefensa.

En la medida en que crece y brilla, una comuna ve poco a poco las operaciones del poder apuntando a lo que la constituye. Estos contraataques toman la forma de la seducción, de la cooptación y, en última instancia, la de la fuerza bruta. La autodefensa debe ser una evidencia colectiva para las comunas, tanto en la práctica como en la teoría. Impedir un arresto, reunirse rápidamente en gran número contra los intentos de desalojo, esconder a uno de los nuestros, no serán reflexiones superfluas para los tiempos que se acercan. No podemos dejar de reconstruir nuestras bases. Dejemos de denunciar la represión, preparémonos para eso.

El asunto no es fácil, pues en la medida que se espera de la población un aumento de colaboración con la policía -desde la delación a la adscripción ocasional en las milicias ciudadanas-, las fuerzas policiales se funden en la masa. El comodín de la intervención policial, incluso en situación de motín, es desde ahora la policía de civil. La eficacia policial durante las últimas manifestaciones contra el CPE residía en los servicios que se mezclaban en el barullo, esperando el incidente para descubrirse: gases, porras, pelotas de goma, interpelación; todo en coordinación con los burócratas de los sindicatos. La sola posibilidad de su presencia basta para arrojar la sospecha entre los manifestantes: ¿quién es quién?, y paralizar la acción. Admitiendo que una manifestación no es un medio

de contabilizarse sino un medio de actuar, vamos a dotarnos de medios para desenmascarar a los servicios, cazarlos y llegado el caso, arrebatarnos a los que intenten detener.

La policía no es invencible en la calle, simplemente tiene medios para organizarse, entrenarse y probar continuamente nuevas armas. En comparación, nuestras armas siempre serán rudimentarias, caseras y, a menudo, improvisadas sobre la marcha. En ningún caso pretenden rivalizar en potencia de fuego sino que tratan de mantener la distancia, distraer la atención, ejercer una presión psicológica o abrirse paso por sorpresa y ganar terreno. Cualquier innovación desarrollada en los centros de entrenamiento para la guerrilla urbana de la gendarmería francesa no basta y sin duda nunca bastará para responder con suficiente prontitud a una multiplicidad móvil que puede golpear en varios puntos a la vez y que siempre se ocupa de mantener la iniciativa.

Las comunas son evidentemente vulnerables a la vigilancia y a las investigaciones policiales, a la policía científica y a los servicios secretos. Las oleadas de arrestos de anarquistas en Italia y de *ecoguerreros* en los Estados Unidos han sido posibilitadas por escuchas. Cualquier posible detención da lugar ahora a una muestra de ADN y engorda un fichero cada vez más completo. Un okupa barcelonés ha sido reconocido porque dejó sus huellas en los panfletos que distribuía. Los métodos de fichaje mejoran sin cesar, especialmente gracias a la biometría. Y si el carnet de identidad electrónico llegase a ser puesto en práctica, nuestra tarea sería todavía más difícil. La Comuna de París había arreglado en parte el problema del fichaje: quemando el Ayuntamiento, los incendiarios destruían los registros civiles. Basta con encontrar los medios para destruir para siempre las bases informáticas.

Insurrección

La comuna es la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional no puede ser más que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se funden en entidades de mayor envergadura o incluso se dividen. Entre una banda de hermanos y hermanas unidos "a vida o muerte" y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas para organizar el aprovisionamiento y la autodefensa de un barrio, incluso de una región sublevada, no hay más que una diferencia de escala, son indistintamente comunas.

Toda comuna no puede tender sino a la auto-subsistencia y sentir en su seno el dinero como algo insignificante y, por decirlo de algún modo, fuera de lugar. El poder del dinero es el de fabricar un vínculo entre los que carecen de vínculos, el de vincular a los extranjeros *en tanto que extranjeros* y, de ese modo, poniendo todo en equivalencia, el de poner todo en circulación. La capacidad del dinero de vincularlo todo se paga con la superficialidad de esos vínculos, en los que la mentira es la regla. La desconfianza es la base de la relación crediticia. El reino del dinero debe ser siempre, por esto, el reino del control. La abolición práctica del dinero no se puede conseguir más que por la extensión de las comunas. La extensión de las comunas debe obedecer en cada caso a la preocupación por no exceder cierto tamaño, más allá del cual pierde el contacto consigo misma y suscita casi sin excepción una casta do-

minante. La comuna preferirá entonces dividirse y de este modo extenderse, al tiempo que previene una salida desgraciada.

La sublevación de la juventud argelina, que iluminó a toda la Kabilia en la primavera del 2001, se convirtió en una toma casi completa del territorio, atacando a los policías, los tribunales y todas las representaciones estatales, generalizando el motín hasta la retirada unilateral de las fuerzas del orden, hasta impedir físicamente la celebración de las elecciones. La fuerza del movimiento habrá estado en la complementariedad difusa entre sus múltiples componentes -aunque no fuesen más que parcialmente representados por las interminables y desesperantemente masculinas asambleas de los comités de pueblo y otros comités populares. Las "comunidades" de la siempre hirviente insurrección argelina, tienen unas veces el rostro de estos jóvenes "quemados" con gorra lanzando garrafas a la policía desde el techo de un edificio de Tizi Ouzou, otras veces la sonrisa socarrona de un guerrillero envuelto en su *barnous*, a veces también la energía de las mujeres de un pueblo de montaña haciendo funcionar, contra viento y marea, los cultivos y la ganadería tradicionales, sin las que los bloqueos económicos de la región nunca hubiesen podido ser tan repetidos ni tan sistemáticos.

Hacer fuego de cualquier leña

"Es necesario además añadir que no se podría tratar al conjunto de la población francesa. Será preciso entonces elegir." Así resume un experto en virología a *Le Monde*, el 7 de septiembre de 2005, lo que sucedería en caso de una pandemia de gripe aviar. "Amenazas terroristas", "catástrofes naturales", "alertas virales", "movimientos sociales" y "violencias urbanas" son para los gestores de la sociedad otros tantos momentos de inestabilidad en los que

asientan su poder mediante la selección de lo que les complace y la destrucción de lo que les incomoda. Esta es así también, lógicamente, para cualquier otra fuerza, la oportunidad de agregarse o de reforzarse, tomando el partido contrario. La interrupción de los flujos de mercancías, la suspensión de la normalidad -basta ver el retroceso de la vida social en un edificio bruscamente privado de electricidad, para imaginar en lo que podría convertirse la vida en una ciudad privada de todo- y del control policial liberan potencialidades de auto-organización impensables en otras circunstancias. A esto no escapa nadie. El movimiento obrero revolucionario lo comprendió perfectamente, haciendo de las crisis de la economía burguesa los puntos culminantes del incremento de su potencia. Hoy, los partidos islámicos son más fuertes que nunca allí donde han sabido suplir inteligentemente la debilidad del Estado, por ejemplo: durante la ejecución de los socorros tras el terremoto de Boumerdes en Argelia, o en la asistencia cotidiana a la población del Líbano Sur, destruido por el ejército israelí.

Como mencionamos antes, la devastación de Nueva Orleans por el huracán Katrina dio la ocasión a todo un sector del movimiento anarquista norteamericano de adquirir una desconocida consistencia, reuniendo a todos los que, sobre el terreno, resistieron a la evacuación forzosa. Los comedores en la calle suponen haber pensado previamente en el aprovisionamiento; la ayuda médica de urgencia exige que se hayan adquirido el conocimiento y el material necesarios, igual que la instalación de emisoras de radios libres. Lo que tienen de alegría, de superación de la supervivencia individual, de realidad tangible insumisa al orden cotidiano y del trabajo, garantiza la fecundidad política de experiencias similares.

En un país como Francia, en el que las nubes radiactivas se detienen en la frontera, y donde no se teme construir una cancerópolis

sobre el antiguo emplazamiento, tipo Seveso, de la fábrica AZF³⁶; no es tanto con las crisis "naturales" con lo que hay que contar, como con las crisis sociales. A partir de aquí, es a los movimientos sociales a quienes corresponde interrumpir el curso normal del desastre. En efecto, en estos últimos años las diversas huelgas fueron principalmente ocasiones, para el poder y las direcciones de las empresas, en las que probar su capacidad de mantener un "servicio mínimo" cada vez más amplio, hasta volver la interrupción del trabajo una pura dimensión simbólica -apenas más perjudicial que una nevada o un suicidio en la calle. Pero las transformaciones en las prácticas militantes instauradas durante la ocupación sistemática de los establecimientos y el obstinado bloqueo, las luchas estudiantiles del 2005 y contra el CPE, han recordado la capacidad de causar molestias y la ofensiva difusa de los grandes movimientos. Las bandas que han sido originadas en su estela, han dejado entrever bajo qué condiciones los movimientos pueden convertirse en lugares emergentes de nuevas comunas.

Sabotear toda instancia representativa.

Generalizar la discusión.

Abolir las asambleas generales

Cualquier movimiento social encuentra como primer obstáculo, antes que la policía propiamente dicha, las fuerzas sindicales y toda una microburocracia cuya vocación es la de dirigir las luchas. Las comunas, las organizaciones de base, las bandas desconfían espontáneamente de ellas. Y esto es porque los paraburócratas han

36 AZote Fertilisants, planta química de las afueras de Toulouse, que explotó en 2001 con 30 muertos y 10000 heridos (2500 graves), que fué demolida y está hoy todavía en descontaminación y donde se construye un centro internacional de investigaciones contra el cáncer.

inventado hace veinte años las coordinaciones que, fuera de las estructuras partidarias, tienen los aspectos más inocentes, pero siguen funcionando como el terreno ideal de sus maniobras. Que un colectivo descarriado intente la autonomía y ellos caerán sobre él con todas sus fuerzas, para vaciarlo de cualquier contenido y alejarlo de las cuestiones correctas. Esquivos, se acaloran; no por la pasión del debate, sino por su vocación de conjurarlo. Y cuando en su defensa encarnizada de la apatía arrasan al fin con el colectivo, explican su fracaso por la falta de conciencia política. Hay que decir que en Francia, especialmente por la actividad fanática de las diferentes sectas trotskistas, no es el arte de la manipulación política lo que falta en la juventud militante. De el incendio del 2005, no es ella quien habrá sabido sacar esta lección: toda coordinación es superflua ahí donde hay coordinación, las organizaciones están siempre de más ahí donde algo se organiza.

Otro reflejo es el de, ante el menor movimiento, hacer una asamblea general y votar. Es un error. Basta con que esté en juego el voto, las decisiones que hay que ganar, para convertir la asamblea en una pesadilla, para hacer de ella la arena el teatro donde se enfrentan todas las pretensiones de poder. Ya sufrimos el mal ejemplo de los parlamentos burgueses. La asamblea no esta hecha para la toma de decisiones, sino para el palabrerío, para la palabra libre ejercida sin propósito.

Entre los humanos, la necesidad de reunirse es tan constante, como rara la necesidad de decidir. Reunirse responde a la alegría de experimentar una potencia común. Decidir no es vital más que en las situaciones de emergencia, en las que el ejercicio de la democracia está de todos modos comprometido. El resto del tiempo, el "carácter democrático del proceso de toma de decisión" no es un problema más que para los fanáticos del procedimiento. No hay que criticar las asambleas ni desertar de ellas, sino que hay que

liberar la palabra, los gestos y los juegos entre los seres. Basta con tener en cuenta que nadie llega solamente con un punto de vista o una moción, sino también con deseos, apegos, capacidades, fuerzas, tristezas y una cierta disponibilidad. Si se consigue destruir el fantasma de la Asamblea General en provecho de una *asamblea de presencias*, si se consigue desbaratar la siempre renaciente tentación de hegemonía, si se deja de anclar en la decisión como finalidad, existen algunas oportunidades de que se produzca una de esas *masivas tomas de posición*, uno de esos fenómenos de cristalización colectiva en los que una decisión toma a los seres, en su totalidad o parcialmente.

Lo mismo vale para decidir las acciones. Partir del principio de que "la acción debe ordenar el desarrollo de la asamblea", convierte en imposible tanto la ebullición del debate como la acción eficaz. Una asamblea numerosa, pero con gente ajena entre sí, se condena a las maniobras de los especialistas en la acción, es decir, a relegar la acción por su control. Por un lado, la acción de los delegados está, por definición, atascada; por otro lado, nada les impide engañar a todo el mundo.

No hay que plantear una forma de acción ideal. Lo esencial es que la acción se de una forma; que la suscite, no que la padezca. Esto supone compartir una misma posición política, geográfica -como las secciones de la Comuna de París durante la Revolución francesa - y compartir también el mismo saber circulante. En cuanto a decidir las acciones, el principio podría ser éste: que cada uno vaya reconociendo el terreno, que se comparta la información, y la decisión vendrá por sí sola, nos llegará antes que nosotros lleguemos a ella. La circulación del saber anula la jerarquía, iguala para arriba. La comunicación horizontal, proliferante, es también el mejor modo de coordinación entre las diferentes comunas para terminar con la hegemonía.

Bloquear la economía, siendo nuestro nivel de autoorganización la medida de nuestra potencia de bloqueo

A fines de junio del 2006, en todo el estado de Oaxaca, las ocupaciones de ayuntamientos se multiplican, los insurgentes ocupan los edificios públicos. Algunas comunidades expulsan a los alcaldes y requisan los vehículos oficiales. Un mes más tarde, se bloquea el acceso a algunos hoteles y complejos turísticos. El ministro de Turismo habla de una catástrofe "comparable al huracán Wilma". Algunos años antes, el bloqueo se convirtió en una de las principales formas de acción del movimiento piquetero en Argentina, los diferentes grupos locales se solidarizaban entre sí bloqueando tal o cual ruta, amenazando permanentemente, en su acción conjunta, con paralizar todo el país si no se satisfacían sus reivindicaciones. Tal amenaza fue durante mucho tiempo una potente palanca en manos de los ferroviarios, de los empleados de las empresas de gas o electricidad, de los camioneros. El movimiento contra el CPE no ha dudado en bloquear estaciones, fábricas, autopistas, circunvalaciones, supermercados e incluso aeropuertos. En Rennes, no se necesitaron más de trescientas personas para inmovilizar la carretera durante horas, y provocar cuarenta kilómetros de embotellamientos.

Bloquearlo todo es, en adelante, el primer reflejo de todo el que se alce contra el orden presente. En una economía deslocalizada, en la que las empresas funcionan con un flujo tirante, en donde el valor deriva de sus conexiones en red, en donde las autopistas son los eslabones de la cadena de producción desmaterializada que va

de subcontrato en subcontrato, y de ahí a la cadena de montaje; bloquear la circulación es también bloquear la producción.

Pero no se puede sostener el bloqueo más allá de lo que permite la capacidad de abastecimiento y de comunicación de los insurgentes, la auto-organización eficaz de las diferentes comunas. ¿Cómo alimentarse una vez que todo está paralizado? Saquear los comercios, como se hizo en Argentina, tiene sus límites; por inmensos que sean los templos del consumo, no son despensas infinitas. Adquirir a lo largo del tiempo la aptitud para procurarse la subsistencia elemental implica entonces apropiarse de los medios de producción. En este punto es inútil continuar esperando. Dejar, como ahora, la producción de todos los alimentos a cargo del dos por ciento de la población es una estupidez tanto histórica como estratégica.

Liberar el territorio de la ocupación policial.

Evitar en lo posible el enfrentamiento directo

“Ésto pone de relieve que no nos enfrentamos a jóvenes que reclaman avances sociales, sino a individuos que declaran la guerra a la República”, marcaba un policía lúcido a propósito de las recientes emboscadas. La ofensiva que tiende a liberar el territorio de su ocupación policial ha comenzado, y puede contar con las inagotables reservas de resentimiento que estas fuerzas han acumulado en su contra. Los propios "movimientos sociales" son ganados poco a poco por la rebelión, como también los parranderos de Rennes que se enfrentaron a las CRS en el año 2005 todas las noches de los jueves, o los de Barcelona que recientemente, durante un *botellón*, devastaron una arteria comercial de la ciudad. El movimiento contra el CPE ha visto habitualmente el regreso del cóctel molotov. Pero en este punto, algunos barrios son insuperables.

Especialmente respecto a esta técnica que se perpetúa desde hace tiempo: la emboscada. Como el 13 de octubre en Épinau: patrullas de la policía en su recorrido cerca de las 23 horas, recibían una llamada denunciando el robo de un auto; a su llegada, uno de las patrullas "se encontró bloqueado por dos vehículos atravesados en la calle, y más de treinta individuos, portando barras de hierro y armas de mano, que lanzaron piedras al vehículo y utilizaron gas lacrimógeno contra los policías". A menor escala, uno piensa en las comisarías de barrio atacadas cuando están cerradas durante la noche: cristales rotos, coches incendiados.

Una de las experiencias adquiridas por los últimos movimientos es que una verdadera manifestación, en adelante, es "salvaje", sin notificación a la prefectura. Pudiendo *elegir el terreno* se tendrá cuidado, como el Black Bloc en Génova en el 2001, de evitar las zonas rojas, de huir del enfrentamiento directo y decidir el recorrido en función de hacer correr a la policía en lugar de ser corridos por ellos, por los burócratas sindicales, por los pacifistas. Se ha visto entonces que mil personas determinadas hacen retroceder furgones enteros de *carabinieri* para terminar incendiándolos. Lo importante no es estar mejor armado sino tener la iniciativa. El coraje no es nada, la confianza en el propio coraje es todo. Tener la iniciativa ayuda.

Todo incita, sin embargo, a considerar las confrontaciones directas como puntos de fijación de las fuerzas contrarias, que posibiliten manejar los tiempos y atacar en otros lugares -incluso muy cerca. No se trata de impedir que una confrontación tenga lugar, ni de que se confunda con una simple diversión. Además de las acciones, hay que darle importancia a su coordinación. Hostigar a la policía es hacer que estando en todas partes no sea eficaz en ninguna.

Cada acto de hostigamiento despierta esta verdad dicha en 1842: "La vida del agente de policía es penosa; su posición en la sociedad es tan humillante y despreciada como la del criminal mismo [...] La vergüenza y la infamia lo rodean por todas partes, la sociedad lo expulsa de su seno, lo aísla como a un paria, le escupe su desprecio con cada salario, sin remordimientos, sin excusas, sin piedad [...] el carnet de policía que llevan en su bolsillo es garantía de ignominia." El 21 de noviembre del 2006, los bomberos que se manifestaban en París contraatacaron a las CRS a martillazos, e hirieron a quince. Esto para recordar que "tener la vocación de ayudar" nunca podrá ser una excusa válida para entrar en la policía.

*Estar armado. Hacer todo lo posible para volver innecesario su uso.
Frente al ejército, la victoria es política.*

No existe una insurrección pacífica. Las armas son necesarias: se trata de hacer lo posible para que su uso sea innecesario. Una insurrección es más una toma de las armas, una "permanencia armada", que un paso a la lucha armada. Es importante distinguir el hecho de armarse del uso de las armas. Las armas son una constante revolucionaria, aunque su utilización sea poco frecuente, o escasamente decisiva, en los momentos de grandes cambios: 10 de agosto de 1792, 18 de marzo de 1871, octubre de 1917. Cuando el poder está en la zanja, basta con pisotearlo.

En la distancia que nos separa, las armas han adquirido este carácter doble de fascinación y repulsión, que sólo su manejo permite superar. Un auténtico pacifismo no puede consistir en el rechazo de las armas, sino solamente de su uso. Ser pacifista sin poder disparar, no es más que la teorización de una impotencia. Este pacifismo *a priori* corresponde a una suerte de desarme preventivo, es una pura operación policial. En realidad, la cuestión

pacifista sólo se toma en serio cuando tiene el poder de disparar. Y en este caso, el pacifismo será por el contrario, señal de potencia, pues sólo desde una extrema posición de fuerza se está liberado de la necesidad de abrir fuego.

Desde un punto de vista estratégico, la acción indirecta, asimétrica, parece la más provechosa, la mejor adaptada a la época: no se ataca frontalmente a un ejército de ocupación. Por lo tanto, la perspectiva de una guerrilla urbana a la iraquí, que se atascaría sin posibilidad de ofensiva, es mejor temerla que desearla. La *militarización* de la guerra civil es el fracaso de la insurrección. Los Rojos pueden triunfar en 1921, la Revolución rusa ya está perdida.

Es preciso considerar dos tipos de reacción estatal. Una, de franca hostilidad; otra, más solapada, democrática. La primera, llamando a la destrucción sin cuartel; la segunda, con una hostilidad sutil pero implacable, sólo espera enrolarnos. Se puede ser derrotado tanto por la dictadura como por el hecho de estar limitado a no poder más que *oponerse a* la dictadura. La derrota no consiste tanto en perder la guerra como en perder la *elección* de la guerra que hay que dar. Las dos son, por lo tanto, posibles, como lo demuestra la España de 1936: por el fascismo, por la república, los revolucionarios fueron doblemente derrotados.

Cuando la situación se agrava, es el ejército quien ocupa el terreno. Su entrada en acción se muestra con menos evidencia. Haría falta para eso un Estado decidido a hacer una masacre, lo que no es posible en la actualidad sino a título de amenaza, un poco como el uso de un arma nuclear desde hace medio siglo. Sin embargo, aunque está herida desde hace tiempo, la bestia estatal es peligrosa. Para enfrentarse al ejército se necesita una gran multitud invadiendo las filas y fraternizando. Se necesita el 18 de marzo de 1871. El ejército en las calles es una situación de insurrección. El ejército en acción, es el resultado precipitándose. Cada uno se ve

llevado a tomar una postura, a elegir entre la anarquía y el miedo a la anarquía. Es como fuerza política que triunfa una insurrección triunfa. Políticamente, no es imposible ganarle a un ejército.

Destituir localmente a las autoridades

La cuestión, para una insurrección, es volverse irreversible. La irreversibilidad se alcanza cuando se ha vencido, al mismo tiempo que a las autoridades, a la necesidad de autoridad; al mismo tiempo que a la propiedad, al placer de apropiarse; al mismo tiempo que a toda hegemonía, al deseo de hegemonía. Esto sucede porque el proceso insurreccional contiene en sí la forma de su victoria, o la de su derrota. En materia de irreversibilidad, la destrucción nunca ha sido suficiente. Todo reside en el modo. Existen maneras de destruir que inevitablemente provocan el retorno a lo que se ha destruido. Quien se ensaña con el cadáver de un orden, asegura despertar la vocación de vengarlo. Por eso, donde la economía está bloqueada, donde la policía está neutralizada, es importante hacer el menor énfasis posible en el derrocamiento de las autoridades. Serán depuestas con una desenvoltura y una ironía escrupulosas.

En esta época, el fin de las centralidades revolucionarias responde a la descentralización del poder. Todavía existen los Palacios de Invierno, pero están más dedicados a ser asaltados por los turistas que por los insurgentes. En nuestros días, se pueden tomar París, o Roma, o Buenos Aires sin conseguir la solución. La toma de Rungis³⁷ tendría seguramente mayores consecuencias que la del Elíseo. El poder ya no se concentra en un lugar del mundo, es el propio mundo, sus flujos y sus avenidas, sus hombres y sus normas, sus códigos y sus tecnologías. El poder es la propia organización de la

37 Mercado central de la ciudad de París.

metrópolis. Es la impecable totalidad del mundo de la mercancía en cada uno de sus puntos. Por eso, quien lo deshace localmente, produce una onda de choque planetaria a través de las redes. Los asaltantes de Clichy-sous-Bois han alegrado más de un hogar americano, mientras los insurgentes de Oaxaca han encontrado cómplices en pleno corazón de París. Para Francia, la pérdida de centralidad del poder significa el final de la centralidad revolucionaria parisina. Cada nuevo movimiento tras las huelgas de 1995 lo confirma. No es más de ahí de donde surgen las acciones más osadas, las más consistentes. Para terminar, París todavía se distingue por ser un simple objetivo de una raza, un puro terreno del estrago y del hurto. Son las breves y brutales incursiones llegadas desde fuera las que atacan el lugar de la máxima densidad de flujos metropolitanos. Son los que están hinchados de rabia quienes surcan el desierto de esta ficticia abundancia y se desvanecen. Llegará un día en el que esta espantosa concreción del poder que es la capital será completamente destruida. Pero esto sucederá al final de un proceso que habrá avanzado más en todas partes que ahí.

¡Todo el poder a las comunas!

En el tren ya no se encuentran huellas de las rígidas posturas que habitualmente trababan los movimientos de los pasajeros. Los desconocidos dialogan, ya no se tratan. Una banda conspira en la esquina de una calle. Aglomeraciones más grandes por las avenidas, que discuten seriamente. Los ataques repercuten de una ciudad a otra, de un día a otro. Un nuevo cuartel ha sido saqueado y quemado. Los habitantes de una casa desalojada han dejado de tratar con el gobierno: la habitan. En un acceso de lucidez, un directivo acaba de matar, en plena reunión, a un puñado de colegas. Ficheros que contienen la dirección personal de todos los policías y gendarmes, así como el de los empleados de la administración penitenciaria, acaban de filtrarse, provocando una ola de mudanzas precipitadas sin precedentes. Al viejo almacén del pueblo, se trae el excedente de lo producido y nos procuramos lo que nos falta. También nos reunimos aquí para discutir sobre la situación general, y sobre el material necesario para el taller mecánico. La radio informa a los insurgentes de la retirada de las fuerzas gubernamentales. Un gran proyectil acaba de destripar la muralla de la prisión de Clairvaux. Es imposible decir si pasó un mes o varios años desde que comenzaron los “acontecimientos”. El Presidente parece muy solo en su llamada a la calma.

Índice

la insurrección que viene

Primer círculo

13

Segundo círculo

19

Tercer círculo

25

Cuarto círculo

33

Quinto círculo

41

Sexto círculo

49

Séptimo círculo

59

¡En marcha!

Encontrarse

69

Organizarse

74

Insurrección



La presente tirada de 500 ejemplares fue impresa durante el mes de Julio de 2011 en los talleres gráficos de la editorial Tierras del Sur, utilizándose para su composición la tipografía Adobe Garamond Pro.